

Tennessee

Williams De repente el último verano



Lectulandia

La obra presenta a Catalina Holly, una joven que parece perder el juicio tras la muerte en circunstancias misteriosas de su primo Sebastián en un viaje a Europa, concretamente en Cabeza de Lobo. La madre de Sebastián, Violeta Venable, tratando de enturbiar la verdad sobre la muerte de su hijo, amenaza con practicar una lobotomía a Catalina por sus declaraciones en relación con la desaparición de Sebastián. Al final, bajo la influencia de un suero de la verdad, la joven explica qué sucedió realmente en Cabeza de Lobo.

Lectulandia

Tennessee Williams

De repente, el último verano

ePub r1.0

Hechadelluvia 06.08.13

Título original: *Suddenly, last summer*

Tennessee Williams, 1958.

Traducción: Hugo Urquijo.

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Personajes

SEÑORA VENABLE

DOCTOR

CATALINA HOLLY.

FOXHILL, LA SIRVIENTA

SEÑORA HOLLY

JORGE

HERMANA FELICITY.

CUADRO I

El decorado es irreal, cual si se tratase de un ballet dramatizado. Representa parte de una mansión de estilo gótico Victoriano en el Barrio Jardín de Nueva Orleans, a últimas horas de una tarde, entre fines del verano y principios del otoño. La habitación se funde con un jardín fantástico, que tiene más de selva tropical o bosque que otra cosa, correspondiente a la edad prehistórica de los helechos gigantes, en que a seres vivientes les crecían extremidades por transformación de aletas y las escamas se les convertían en piel. Los colores de esta selva-jardín son violentos sobre todo en razón de que un vaho visible sube de la tierra con el calor que sigue a una lluvia. Hay macizas flores de árbol que sugieren órganos de un cuerpo humano, arrancados, todavía con el brillo de la sangre aún no seca. Se perciben roncós gritos, silbidos penetrantes y otros ruidos como de fuertes pisadas, tal cual si el jardín estuviese poblado de bestias, serpientes y aves, todas salvajes.

El tumulto del bosque persiste unos minutos luego de haberse levantado el telón; después disminuye de volumen hasta dar paso a una calma relativa, que de cuando en cuando interrumpe un nuevo estallido.

Entra una dama que se ayuda con un bastón de puño de plata. Tiene el cabello anaranjado o rosado y viste un vestido de encaje color alhucema. Sobre el pecho ya algo marchito se ha clavado un prendedor de brillantes, en forma de anémona.

La sigue un joven médico rubio, todo de blanco, con brillo glacial y muy, pero muy buen mozo; mas la actitud y elocuencia de la dama denotarán una reacción no estudiada al frío encanto del galeno.

SRA. VENABLE:

—Sí, éste era el jardín de Sebastián. Todas las plantas llevaban, en tarjetas colgadas de ellas, los nombres latinos; pero la tinta se ha descolorido; aquéllas... (*aspira hondo*) son las plantas más viejas de la tierra, sobrevivientes de la edad de los bosques de helechos gigantes. Por supuesto, en este clima semitropical (*otra aspiración profunda*) hay algunas de las plantas más raras del mundo, como la atrapa-moscas de Venus.

DOCTOR:

—¿Una planta insectívora?

SRA. VENABLE:

—Sí, se alimenta de insectos. Debe ser mantenida bajo vidrio desde principios de otoño a final de primavera, y cuando la pusimos en el invernáculo, mi hijo Sebastián tuvo que abastecerla de moscas traídas a gran costo desde un

laboratorio de Florida que las usaba para experimentos de genética. Pues bien, doctor... (*aspira hondo el aire*), yo no puedo hacer eso. Sencillamente, no puedo. No es el gasto sino...

DOCTOR:

—El esfuerzo.

SRA. VENABLE:

—Sí, de modo que... ¡adiós, atrapa-moscas de Venus! Como tantas otras cosas... hum... (*aspira aire*). No sé por qué, pero... Tengo ya la sensación de que puedo confiar en usted, doctor Cu... ¿Cu...?

DOCTOR:

Cukrowicz. Es una palabra polaca que significa azúcar. Si quiere simplificarlo, llámeme Doctor Azúcar. (*Ella le corresponde con una sonrisa*).

SRA. VENABLE:

—Pues bien, Doctor Azúcar, ya ha visto el jardín de Sebastián.

Están ambos avanzando lentamente a la zona del patio.

DOCTOR:

—Es una selva muy bien cuidada.

SRA. VENABLE:

—Así deseó él que fuese. Nada debía ser casual. Todo preconcebido y diseñado en la vida de Sebastián y en su... (*Se enjuga la frente con el pañuelo extraído del bolso*) trabajo.

DOCTOR:

—¿De qué se ocupaba su hijo, señora Venable... además del jardín?

SRA. VENABLE:

—¡Cuántas veces he tenido que responder a esa pregunta! ¿Sabe que todavía me sobrecoje un poco? ¡Darme cuenta de que Sebastián Venable, el poeta, sigue desconocido fuera de un pequeño círculo de amigos y allegados, inclusive la madre!

DOCTOR:

—¡Oh!

SRA. VENABLE:

—Es que, estrictamente hablando, su vida era su ocupación.

DOCTOR:

—Ya entiendo.

SRA. VENABLE:

—No, doctor, usted no entiende... todavía. Pero entenderá antes que finalice. Sebastián era poeta. Eso quise decir al expresar que su vida era su trabajo, porque

el trabajo de un poeta es la vida de un poeta y, viceversa, la vida de un poeta es su trabajo. Quiero decir que no es posible separarlas... Quiero decir... Por ejemplo, la ocupación de un vendedor es una cosa y su vida es otra... o puede serlo. Lo mismo es aplicable a cualquier profesión humana. Pero la vida de un poeta es su ocupación y su ocupación es su vida en un sentido especial porque... ¡Oh, he hablado tanto que me siento falta de aliento y atontada! (*El doctor le ofrece el brazo*). ¡Gracias!

DOCTOR:

—Señora Venable, ¿aprobó su médico este asunto?

SRA. VENABLE (*sin aliento*):

—¿Qué asunto?

DOCTOR:

—Este encuentro con la joven que, a juicio suyo, fue causante de la muerte de su hijo.

SRA. VENABLE:

—Desde hace meses aguardo tenerla frente a mí, porque no pude ir a verla al Hospital de Santa María. Por eso la hice traer aquí, a mi casa. No caeré postrada. ¡Caerá ella! Quiero decir que sus mentiras caerán por el suelo, no mi verdad... no la verdad. ¡Adelante, doctor Azúcar! (*El doctor la conduce despacio al patio*). ¡Oh, ya hemos llegado! ¡Ah, ah! Ignoraba que tuviese las canillas tan flojas. Siéntese, doctor. No me aterra la idea de emplear la última partícula de la pequeña fuerza que me queda para hacer exactamente lo que estoy haciendo. Todo cuanto resta de mi vida lo dedico, doctor, a defender la reputación de un poeta muerto. Sebastián no tuvo fama pública como poeta, no quiso tenerla, se resistió a alcanzarla. ¡Odiaba... detestaba los falsos valores que provienen de ser conocido públicamente, de la nombradía, de la... explotación personal...! ¡Oh! Me decía: «¡Violeta! ¡Mamá! ¡Tú me sobrevivirás!».

DOCTOR:

—¿Por qué lo pensó así?

SRA. VENABLE:

—Los poetas son siempre clarividentes... Tuvo fiebre reumática a los quince años, se le afectó una válvula del corazón y no quería más que estar a caballo, o en el agua, y hacer cosas parecidas... «¡Violeta! ¡Mamá! Vas a vivir más que yo, y cuando me haya ido, estará de tu, en tus manos, el hacer con ello todo lo que quieras». Refiriéndose, naturalmente a su futuro reconocimiento. Deseaba, sí, eso... deseaba que se produjese después de su muerte, cuando ya no pudiese causarle molestias a él... Entonces quería ofrecer al mundo su labor. Pues bien, doctor... ¿Me he explicado? Ésta es la obra de mi hijo, doctor; aquí es donde su

vida sigue...

Levanta un volumen fino, de canto dorado, que estaba en la mesa del patio, tal como se eleva una hostia en el altar. Sus hojas y letras doradas atraen el sol vespertino. Dice «Poema de verano». La cara de la mujer tiene de pronto un aspecto distinto, la opresión de una visionaria, de una religiosa exaltada. En el mismo instante un ave canta claramente y con voz pura en el jardín y la anciana parece que por un momento se hubiese vuelto joven.

DOCTOR (*Leyendo el título*):

—¿«Poema de verano»?

SRA. VENABLE:

—«Poema de verano», y la fecha del verano. Son veinticinco sus poemas. Cada año escribió uno, que imprimió él mismo en una prensa de mano del siglo dieciocho en su... atelier... del Barrio Francés, para que solo él pudiese verlo. (Parece alelada un momento).

DOCTOR:

—¿Él escribió un poema por año?

SRA. VENABLE:

—Uno cada verano mientras viajábamos juntos. Los otros nueve meses del año fueron realmente una preparación.

DOCTOR:

—¿Nueve meses?

SRA. VENABLE:

—La duración de un embarazo, sí.

DOCTOR:

—¿Era difícil dar a luz el poema?

SRA. VENABLE:

—Sí. ¡Aún estando yo a su lado! Sin mí, imposible, doctor... El verano pasado no escribió poema alguno.

DOCTOR:

—¿Murió el verano pasado?

SRA. VENABLE:

—Murió sin mí el verano último. Ése fue su último poema de verano. (*Vacila. Él la ayuda a llegar basta el sillón. Ella respira con dificultad*). Un verano, hace mucho... ¡Oh, pero...! ¿Por qué estoy pensando en esto? Mi hijo Sebastián dijo: «¡Mamá, oye!»». Y me leyó la descripción que hizo Herman Melville de Las Encantadas, las Islas Galápagos. «Tomen veinticinco montones de cenizas tiradas de cualquier modo en un solar de extramuros... Imaginen algunos de ellos

agrandados hasta trocarse en montañas... y el solar convertido en mar... y tendrán una idea adecuada del aspecto general de Las Encantadas... Volcanes apagados, con un aire similar al que tendría el mundo entero después de una última conflagración...». Me leyó esa descripción y dijo que debíamos ir allí. Fuimos aquel verano en un yate fletado especialmente, una goleta de cuatro palos, todo lo parecida que es posible a la clase de embarcación en que Melville debió hacer su viaje... Vimos las Encantadas; pero en las Encantadas vimos algo de lo cual Melville no se ocupó. Vimos las grandes tortugas marinas saliendo trabajosamente del agua para su puesta anual de huevos... Una vez cada año la hembra sale del mar ecuatorial y sube a la playa abrasada de calor de una isla volcánica, para cavar un hoyo en la arena y poner allí sus huevos. Es un proceso largo y espantoso el de depositar los huevos en los hoyos, y cuando concluye, la tortuga exhausta vuelve al mar medio muerta. Las tortugas hembras jamás ven a su retoño, pero nosotros sí los vimos. Sebastián conocía exactamente la época en que los huevos se empollarían y volvimos a tiempo...

DOCTOR:

—¿Volvieron a ...?

SRA. VENABLE:

—A las terribles Encantadas, montones de lava de volcanes extinguidos, a tiempo para presenciar el empollamiento de huevos de las tortugas marinas y su desesperada huida al mar. (*Ásperos gritos de aves en el aire. Levanta la vista*). ¡La playa angosta! ¡El color del caviar! ¡Todo estaba en movimiento! Pero el cielo se movía también...

DOCTOR:

—¿Se movía el cielo?

SRA. VENABLE:

—Se movía, lleno de aves carnívoras y gritos, los gritos salvajes y horribles de...

DOCTOR:

—¿Aves carnívoras?

SRA. VENABLE:

—En la estrecha y negra playa de Las Encantadas, mientras las tortugas marinas salían desesperadamente de los hoyos y se lanzaban al mar en carrera desenfrenada...

DOCTOR:

—¿En carrera...?

SRA. VENABLE:

—Para escapar a las aves carnívoras que ennegrecían el cielo, dándole una coloración casi igual a la de la playa. (Sigue mirando hacia arriba; percibimos los

ruidos broncos y famélicos de las aves. Llegan en ondas rítmicas, cual un canto salvaje). Y la arena vivía toda ella, vivía al tiempo en que las tortugas empollaban, se lanzaban en carrera desenfrenada al mar, mientras las aves revoloteaban, suspendiéndose en el aire y lanzándose en picada, suspendiéndose y lanzándose para atacar. Se lanzaban en picado hacia las tortugas recién empolladas, volviéndolas boca arriba para poner al descubierto sus carnes tiernas, que laceraban y desgarraban ferozmente para devorarlas. Sebastián calculó que quizás sólo una de cada cien lograba llegar al mar.

DOCTOR:

—¿Qué había en todo aquello como para fascinar a su hijo?

SRA. VENABLE:

—Mi hijo buscaba a Dios; es decir, buscaba una clara imagen Suya. Pasa aquel bochornoso día ecuatorial, entero, en el puerto de vigía de la goleta, observando aquello que sucedía en la playa hasta que la oscuridad le impidió ver, y cuando descendió por el aparejo, me dijo: «Bien, ahora ya lo he visto», refiriéndose a Dios. Y durante varias semanas tuvo fiebre y deliraba. (*Entra FOXHILL*). Luego... la India, la China... En los Montes Himalaya... (*Ve a FOXHILL*). ¿Qué?

SRTA. FOXHILL:

—Señora Venable...

SRA. VENABLE:

—¡Oh, Dios mío! Elixir de... (*Toma el vaso*). ¿Verdad que la farmacia es muy bondadosa, ya que me mantiene viva? ¿Por dónde andaba, doctor?

DOCTOR:

—Por los Montes Himalaya.

SRA. VENABLE:

—¡Ah, sí! Aquel verano de hace mucho... En los Montes Himalaya estuvo por entrar en un monasterio budista; había llegado al extremo de afeitarse la cabeza y comer solamente arroz en una escudilla de madera, sobre una estera de hierba. Había prometido a los astutos monjes de Buda que haría cesión de su vinculación con el mundo, su persona y sus bienes a favor de la orden mendicante. Pues bien, yo le telegrafí al padre: «Por amor de Dios, notifica al Banco que deben congelar las cuentas de Sebastián». Recibí contestación del abogado de mi difunto esposo. «El señor Venable gravemente enfermo stop quiere verla stop necesita su presencia stop encarezco urgentísimo retorno stop cablegráfíe fecha llegada...».

DOCTOR:

—¿Volvió usted junto a su esposo?

SRA. VENABLE:

—Tomé la decisión más difícil de mi vida. Me quedé con mi hijo. Lo saqué de

aquella crisis En menos de un mes abandonó la sucia esterilla de hierba y arrojó lejos de sí la escudilla de madera. Pedimos habitaciones en el Shepherd's Hotel del Cairo y en el Ritz de París... Y de allí en adelante seguimos... viviendo en... un mundo de luz y de... sombras. (*Se vuelve indecisa, con su vaso vacío. El doctor se levanta y se lo toma*). Pero las sombras eran casi igual de luminosas que la luz.

DOCTOR:

—¿No quiere sentarse ahora?

SRA. VENABLE:

—Sí, tengo que hacerlo... antes que me caiga. (*Él la ayuda a ir y sentarse en su silla de ruedas*). ¿Y usted no siente fatiga?

DOCTOR (*sigue preocupado por la agitación de ella*):

—¿Fatiga... de qué?

SRA. VENABLE:

—De escucharme. He hablado hasta por los codos. Sin duda lo he mareado con mi charla... Pero necesitaba aclararle bien que el mundo perdió mucho cuando yo perdí a mi hijo el último verano. Le habría gustado conocerlo; a él le habría encantado conocerlo a usted. Mi hijo Sebastián no fue un *snob* en cosas de su familia ni *snob* en cosas de dinero, pero fue *snob*, de todas maneras. *Snob* en lo tocante al encanto personal de la gente, insistía en que tuviesen buen aspecto cuantos lo rodeaban y poseía una pequeña corte de jóvenes y bellas personas siempre en torno suyo, dondequiera que fuese, tanto aquí en Nueva Orleans como en Nueva York, o en la Costa Azul, en París o en Venecia. Siempre con su pequeño cortejo de representantes de la belleza, el talento y la juventud.

DOCTOR:

—¿Era joven su hijo, señora Venable?

SRA. VENABLE:

—Los dos éramos jóvenes y nos conservamos jóvenes, doctor.

DOCTOR:

—¿Podría ver un retrato de su hijo?

SRA. VENABLE:

—Sí. ¡Por supuesto que sí! Me alegra que lo haya pedido. Voy a enseñarle, no una fotografía, sino dos. Tome. Aquí tiene a mi hijo Sebastián en traje de paje del Renacimiento, durante un baile de máscaras, en Cannes. Aquí está mi hijo Sebastián, con el mismo traje, en un baile de máscaras, en Venecia. Entre ambas fotos mediaron veinte años. ¿Cuál es más viejo, doctor?

DOCTOR:

—Este retrato parece más viejo.

SRA. VENABLE:

—El retrato parece, pero el sujeto, no. Se requiere un gran carácter para resistirse a envejecer, doctor, para resistirse a envejecer y conseguirlo. Hace falta disciplina, abstinencia. Un solo cocktail antes de comer; no dos, cuatro ni seis... uno simplemente... y tan sólo una chuleta magra, y ensalada con jugo de limón en restaurantes afamados por sus ricos platos bien condimentados.

Se abre la puerta cristalera de dos hojas y aparece FOXHILL sin el café.

SRTA. FOXHILL:

—Señora Venable, la madre y el hermano de la señorita Holly acaban de...

Simultáneamente con esto, aparecen en la puerta de dos hojas la SRA. HOLLY y JORGE.

JORGE:

—¡Ey, tía Viola, ey!

SRA. HOLLY:

—Mi querida Violeta, ya estamos aquí.

SRTA. FOXHILL:

— ...llegar.

SRA. VENABLE:

—Espéreme arriba, en el cuarto de estar del primer piso. (*A la señorita FOXHILL*). Llévelos. No los quiero en esa puerta mientras estamos hablando. (*Al doctor*). Alejémonos de aquí. (*El doctor la conduce, con su silla, al centro del escenario*).

DOCTOR:

—¡Señora Venable! Su hijo... ¿qué... clase de... de vida personal... privada... llevaba?

SRA. VENABLE:

—Esa pregunta quería que me hiciese.

DOCTOR:

—¿Por qué?

SRA. VENABLE:

—No he podido conocer lo que dice la muchacha más que indirectamente, en una versión suavizada, ya que, estando enferma, me fue imposible ir a escucharla directamente; pero he captado lo bastante para comprender que es un insulto oprobioso a la moral de mi hijo, que ya está muerto y no puede defenderse. Tengo que ser yo su defensora. Ahora. Siéntese. Escúcheme... (*El doctor se sienta*) antes de que oiga lo que pueda decir esa muchacha cuando venga aquí. Mi hijo

Sebastián era casto. Y a causa de su castidad tuvimos que escapar de no pocas persecuciones, motivadas por su encanto y atractivo... para mantener a raya a sus perseguidores... toda clase de perseguidores. Era... (*recalcando el vocablo*) casto.

DOCTOR:

—Entendí perfectamente, señora Venable.

SRA. VENABLE:

—¿Y me cree, doctor?

DOCTOR:

—Sí, pero...

SRA. VENABLE:

—¿Pero qué?

DOCTOR:

—¿Casto a...? ¿Qué edad tenía su hijo el último verano?

SRA. VENABLE:

—Cuarenta años tal vez. En realidad, no llevábamos la cuenta de los cumpleaños...

DOCTOR:

—¿Vivía como célibe?

SRA. VENABLE:

—Tan estrictamente como si hubiese formulado un voto. Esto puede parecer vanidad, pero yo fui en realidad la única persona que en su vida le ofreció lo que exigía él de los demás. Una vez, y otra, mi hijo despedía gente, la alejaba de sí porque su... su... actitud para con él no era...

DOCTOR:

—Tan pura como...

SRA. VENABLE:

—Como mi hijo Sebastián exigía. Formamos una pareja famosa. Nadie hablaba de Sebastián y la madre, o de la señora de Venable y su hijo, sino de Sebastián y Violeta. Violeta y Sebastián están parando en el Lido. Sebastián y Violeta han alquilado una casa en Biarritz para la temporada, y a cada aparición en público, cada vez que nos presentábamos ante las miradas, la atención se enfocaba en nosotros... ¡Todos los demás... eclipsados! ¿Vanidad? ¡Oh, no! No, doctor. No puede calificarse de eso...

DOCTOR:

—No lo he calificado así.

SRA. VENABLE:

—Tampoco fue delirio de grandezas. Fue grandeza pura.

DOCTOR:

—Ya veo.

SRA. VENABLE:

—Una actitud hacia la vida que apenas si el mundo ha conocido desde que los grandes príncipes del Renacimiento fueron desalojados a la fuerza de sus palacios y jardines por tenderos enriquecidos.

DOCTOR:

—Sí, sí.

SRA. VENABLE:

—Las vidas de todas las personas, ¿qué son sino rastros de escombros... cada día más escombros... más escombros... largos, muy largos rastros de escombros que nada puede limpiar más que la muerte? (*Música lírica*). Mi hijo Sebastián y yo, construimos nuestros días cada día... Día a día esculpíamos cada día de nuestras vidas como una obra de arte. Sí, tras nuestro dejábamos rastros de días que eran como un museo de esculturas. Pero el último verano... (*Pausa; la música continúa*). No puedo perdonárselo... ni siquiera ahora, que ya ha pagado su culpa con su vida. Dejó que esta... ¡vándala! Esta...

DOCTOR:

—¿La muchacha que...?

SRA. VENABLE:

—Que usted va a conocer aquí está tarde. Sí. Acogió a esta vándala, que manejando su lengua como un hacha ha destrozado alevosamente nuestra leyenda, el recuerdo de...

DOCTOR:

—Señora Venable, ¿cuál supone usted que sea su razón?

SRA. VENABLE:

—Los lunáticos no obran movidos por razones.

DOCTOR:

—Quiero decir que cuál, a su juicio, es el móvil.

SRA. VENABLE:

—¡Vaya una pregunta! Son nuestros el pan que se lleva a la boca y el paño con que se cubre la espalda. Los que por un motivo así lo aman a usted o lo perdona son... aspas de un molino ciego, doctor. El papel de benefactor es más que ingrato, es el de una víctima, víctima que se lleva al sacrificio. Quieren su sangre, sí, doctor, quieren derramar su sangre en las gradas del altar de sus egos ultrajados y ultrajantes.

DOCTOR:

—¡Oh! ¿Quiere usted decir que se ofendió por...?

SRA. VENABLE:

—¡Odio sintió! No pueden encerrarla en Santa María...

DOCTOR:

—Creí que estuvo allí algunos meses...

SRA. VENABLE:

—Quise decir... mantenerla encerrada y en silencio. ¡Habla! ¡Dice incoherencias! No pudieron cerrarle la boca en Cabeza de Lobo ni en la Clínica de París... ¡Charló, charló! Manchando la reputación de mi hijo. En el barco que la trajo de vuelta a los Estados Unidos, se escapó del camarote y habló y habló; hasta en el mismo aeropuerto de donde fue conducida en vuelo hasta aquí, contó su historia hasta el momento en que logramos meterla en la ambulancia que la llevó a Santa María. Eso es su bolso, doctor. (*Levanta el bolso de paño o red*). Un bolso en el cual cabe todo y de todo, especial para la clase de anciana en que yo me convertí el último verano. ¿Quiere hacer el favor de abrirlo, doctor? Tengo las manos entumecidas... y sacarme de su interior los cigarrillos y la boquilla. (*El doctor lo hace*).

DOCTOR:

—No tengo fósforos.

SRA. VENABLE:

—Creo que ahí debe haber un encendedor de mesa.

DOCTOR:

—Sí, lo hay. (*Lo enciende y la llama sube alta*). ¡Oh, Dios mío! ¡Qué antorcha!

SRA. VENABLE (*De pronto con sonrisa dulce*):

—Así es como resplandece una buena acción en un mundo perverso, doctor...
Doctor Azúcar.

Pausa. Dulcemente, trinan aves en el jardín.

DOCTOR:

—Señora Venable...

SRA. VENABLE:

—Sí.

DOCTOR:

—En su carta, la semana pasada, hizo usted referencia a un... a una especie de donación, un legado...

SRA. VENABLE:

—Le dije en mi carta que mis abogados, banqueros y contables estaban creando

una Fundación Sebastián Venable para financiar el trabajo de jóvenes como usted que ensanchan las fronteras del arte y de la ciencia, pero tropiezan con problemas económicos. A usted le ocurre, ¿verdad, doctor?

DOCTOR:

—Sí, tropezamos con esa clase de problemas. Mi trabajo es cosa tan nueva y radical que quienes distribuyen los fondos del estado sienten un lógico temor y nos reducen a subvenciones muy escasas, tanto que... Necesitamos una sala separada para mis pacientes, me hacen falta ayudantes capacitados y quisiera casarme con una mujer con quien no puedo casarme. Está además el problema de conseguir pacientes adecuados, no tan sólo criminales descentrados que el Estado nos entrega para que yo los opere. Porque... claro... es arriesgado... No quiero malquistarla a usted con mi labor en Lion's View, pero tengo que ser sincero. Hay mucho riesgo en mi operación. Cuando se penetra en el cerebro con un objeto extraño...

SRA. VENABLE:

—Sí.

DOCTOR:

— ...así sea un bisturí de hoja delgada y fina como una aguja...

SRA. VENABLE:

—Sí.

DOCTOR:

—En la mano de un cirujano experto...

SRA. VENABLE:

—Sí.

DOCTOR:

— ... lleva aparejado mucho riesgo la... la operación.

SRA. VENABLE:

—Tengo entendido que los tranquiliza, los aquieta; de pronto los vuelve pacíficos.

DOCTOR:

—Sí, es cierto. De esa parte estamos seguros, pero...

SRA. VENABLE:

—¿Qué?

DOCTOR:

—Habrán de pasar diez años antes de que podamos decir si los beneficios inmediatos de la operación son permanentes o transitorios, o siquiera si existe... ¡y eso es lo que me atormenta...! Alguna posibilidad, después, de reconstruir una persona totalmente sana... Es posible que la persona sufra luego, para siempre,

alguna limitación... Liberada de sus trastornos agudos, pero privada de algunas facultades...

SRA. VENABLE:

—Sí, pero ¡qué bendición para ellos, doctor, poder estar sencillamente pacificados, hallarse de pronto... tranquilos...! (*Trinan aves en el jardín, dulcemente*). Después de todo aquel horror, aquellas pesadillas... poder elevar tranquilamente la mirada y ver... (*Eleva la vista y señala el cielo con una mano*) un cielo que no ennegrezcan aves salvajes y devoradoras, como el cielo que vimos en las Encantadas, doctor...

DOCTOR:

—Señora Venable... Yo no puedo garantizar que con una lobotomía deje de... hablar...

SRA. VENABLE:

—Puede que sí... y puede que no, pero después de la operación, ¿quién la creará, doctor?

Pausa. Débil música de selva.

DOCTOR (*Corte rápido. Con serenidad*):

—¡Dios mío! (*Pausa*). Señora Venable, supongamos que después de haber conocido a esa muchacha, observarla y oír lo que diga, no estuviese yo seguro de que su estado sea tan rebelde a otros tratamientos... como para afrontar el riesgo de... Supongamos que a mi juicio un tratamiento no quirúrgico, tal como los shocks insulínicos o los electroshocks y...

SRA. VENABLE:

—Todo eso se le hizo en Santa María... No queda otro recurso.

DOCTOR:

—¿Y si yo no estuviese de acuerdo con usted?

Pausa.

SRA. VENABLE:

—Eso es parte de una pregunta. Conclúyala, doctor.

DOCTOR:

—¿Seguiría interesándose usted en mi labor de Lion's View? Es decir, ¿seguiría interesada en ella la Fundación Sebastián Venable?

SRA. VENABLE:

—¿No es siempre mayor, doctor, nuestro interés por las cosas que nos atañen directamente?

DOCTOR:

—¡Señora Venable! (*Aparece entre las cortinas de encaje de la puerta de dos hojas Catalina Holly*). Es usted tan inocente que no se le ocurre, por lo visto no se le ha ocurrido siquiera, el que alguien menos inocente que usted pudiera quizás interpretar su ofrecimiento de subsidios como... en fin, como una especie de soborno.

SRA. VENABLE (*Ríe, echa atrás la cabeza*):

—Lámelo así. Me tiene sin cuidado. Hay dos únicas cosas que deben recordarse. Esa mujer es destructora. Mi hijo era creador. Ahora bien, si mi sinceridad lo ha escandalizado, recoja su maletín negro sin el subsidio dentro, y salga corriendo de este jardín. Nuestra conversación no ha tenido testigos, doctor Azúcar...

Sale de la casa la SRTA. FOXHILL y llama.

SRTA. FOXHILL:

—¡Señora Venable!

SRA. VENABLE:

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere, señorita Foxhill?

SRTA. FOXHILL:

—Señora Venable... la señorita Holly está ahí, con... (*La SRA. VENABLE advierte la presencia de CATALINA en la puerta vidriera*).

SRA. VENABLE:

—¡Dios mío! Está ahí, en la puerta. Le dije que no quería que entrase de nuevo en mi casa, le ordené que los recibiese en la puerta y los condujese por el costado del jardín, pero no me ha hecho caso. No quiero verme con ella aún. Primero tengo que tomar mi cocktail de las cinco, para fortificarme. Lleve mi silla adentro. ¡Doctor! ¿Sigue ahí todavía? Pensé que hubiese salido corriendo del jardín. Voy a atravesar todo el jardín, hasta la otra entrada ¡Doctor! ¡Doctor Azúcar! Puede quedarse en el jardín si gusta, o salir corriendo de él si lo prefiere... entrar por aquí si lo desea, o hacer lo que le plazca. Yo, por mi parte, iré a tomar mi daiquiri de las cinco... ¡bien helado! antes de verme con ella...

Durante todo esto, la mujer ha ido avanzando majestuosa por el jardín, como una nave balanceante, con sus velas desplegadas y un viento suave, bergantín pirata o galeón cargado de tesoros. El joven doctor contempla fijamente la figura de CATALINA, enmarcada por las cortinas de encaje de la puerta vidriera. La HERMANA FELICITY aparece al lado de la joven y la aparta de allí. Música. Una tocata de trompetas de aire siniestro. La HERMANA FELICITY sostiene abierta la puerta para que pase CATALINA, mientras el médico hace un movimiento rápido hacia adelante. El médico empieza a recoger su maletín, pero no lo hace. CATALINA sale corriendo y casi se tropiezan uno con la otra.

CATALINA:

—Perdóneme...

DOCTOR:

—Perdóneme a mí...

Él sale de la casa y ella lo sigue con la mirada.

APAGÓN.

CUADRO II

CATALINA saca un cigarrillo de una caja de laca que hay sobre la mesa. Las líneas rápidas y cadenciosas que siguen son acompañadas por movimientos rápidos, como los de la danza, casi ceremoniosos, mientras la HERMANA, con su amplio hábito blanco que debe ser almidonado para que haga ruido al andar, persigue a la chica en torno a la mesa de mimbre blanco del patio y por entre las sillas de mimbre. Esto puede ir acompañado de música rápida.

HERMANA:

—¿Qué has sacado de esa caja de la mesa?

CATALINA:

—Sólo un cigarrillo, Hermana.

HERMANA:

—Ponlo en la caja de nuevo.

CATALINA:

—Es tarde Ya está encendido.

HERMANA:

—Dámelo.

CATALINA:

—¡Oh, por favor, Hermana! Déjeme fumarlo.

HERMANA:

—Dámelo he dicho.

CATALINA:

—¡Por favor, Hermana Felicity!

HERMANA:

—Catalina, dámelo. Sabes que en Santa María no se permite fumar.

CATALINA:

—Ahora no estamos en Santa María. Es una tarde de asueto.

HERMANA:

—Sigo teniéndote a mi cargo. No puedo permitirte que fumes, porque la última vez que fumaste dejaste caer un cigarrillo encendido en el vestido y se te prendió fuego.

CATALINA:

—¡Oh! No se prendió fuego. Apenas hizo un agujero en la falda porque yo estaba semi-inconsciente a causa de la medicación. (*Está ahora detrás de un sillón blanco de mimbre*).

HERMANA (*En voz alta*):

—Dámelo, Catalina.

CATALINA:

—¡No sea tan dominadora!

HERMANA:

—Más tarde pagarás tu desobediencia.

CATALINA:

—Está bien, pagaré más tarde.

HERMANA:

—Dame ese cigarrillo o pediré que te pongan de nuevo en el pabellón de furiosos si no lo haces. (*Golpea dos veces las manos y extiende la derecha por encima de la mesa*).

CATALINA:

—Yo no soy furiosa, Hermana.

HERMANA:

—Dámelo, que para eso alargó la mano.

CATALINA:

—Bueno, bueno. Tómelo, tómelo.

Clava el extremo encendido del cigarrillo en la palma de la mano de la Hermana. La HERMANA lanza un grito y se lleva a la boca la parte quemada.

HERMANA:

—¡Me has quemado con el cigarrillo!

CATALINA:

—Perdón. Lo hice sin querer.

HERMANA (*Sorprendida, herida*):

—¡Me has quemado intencionalmente!

CATALINA:

—Dijo que se lo diera, y se lo di.

HERMANA:

—Me clavaste en la mano la punta encendida.

CATALINA:

—¡Estoy harta! ¡Estoy harta de que me manden y me humillen!

HERMANA:

—¡Siéntate!

CATALINA se sienta tesa en la silla de mimbre blanco de parte delantera del

escenario, dando cara al público. La HERMANA vuelve a chuparse la palma quemada de la mano. Contar hasta diez. Luego, desde el interior de la casa, el ronroneo de una coctelera mecánica.

CATALINA:

—¡Ya está funcionando la coctelera mecánica! La tía Violeta va a prepararse su daiquiri helado de las cinco. Es tan puntual, que puede ponerse a hora el reloj al oírla.

Casi ríe. Aspira una honda y temblorosa bocanada de aire y se echa atrás en el sillón, pero las manos le quedan asidas de los brazos de mimbre blanco.

CATALINA:

—Estamos en el jardín de Sebastián. ¡Dios mío! ¡Aun podría llorar!

HERMANA:

—¿Te dieron remedio antes de salir?

CATALINA:

—No, ninguno. ¿Quiere aplicármelo usted?

HERMANA (Casi dulcemente):

—No puedo. No me ordenaron que lo hiciese. Sin embargo, creo que el doctor te dará algo.

CATALINA:

—¿El joven rubio con quien me tropecé?

HERMANA:

—Sí. El joven doctor es un especialista de otro hospital.

CATALINA:

—¿Qué hospital?

HERMANA:

—A buen entendedor, con pocas palabras bastan.

En la puerta vidriera aparece el médico.

CATALINA (Levantándose bruscamente):

—Adiviné que me vigilaban. Está en la puerta, observándome.

HERMANA:

—Siéntate y quédate tranquila. Va a venir tu familia.

CATALINA (En voz alta):

—¡Lion's View! ¿Verdad? ¡Doctor!

CATALINA ha avanzado hasta la puerta. El doctor se retira, de forma que las cortinas de gasa blanca-vaporosa lo oscurezcan.

HERMANA (*Se levanta, con gesto reprimido que es casi compasivo*):

—Siéntate, querida.

CATALINA:

—¿Es Lion's View, doctor?

HERMANA:

—Calla.

CATALINA:

—¿Cuándo cesará esto de verme bajando a la carrera aquella calle empinada y blanca de Cabeza de Lobo?

HERMANA:

—Siéntate, querida Catalina.

CATALINA:

—¡Yo lo amaba, Hermana! ¿Por qué no permitió él que lo salvase? Intenté retenerlo de la mano, pero me apartó de un empujón y echó a correr, a correr, a correr, pero en sentido contrario, Hermana.

HERMANA:

—Calla, Catalina, calla.

La HERMANA estornuda.

CATALINA:

—¡Salud, Hermana! (*Dice esto sin pensar, siempre mirando fijamente la puerta*).

HERMANA:

—Gracias.

CATALINA:

—El doctor sigue en la puerta todavía, pero es demasiado rubio para que las cortinas lo oculten. Atrae la luz y la refleja a través de ellas. (*Se vuelve desde la puerta*). Los rubios seguían en segundo término. Eran el plato siguiente del menú.

HERMANA:

—¡Cállate, Catalina! Calla.

CATALINA:

—El primo Sebastián aseguraba estar famélico de rubios, ahíto de morenos. Todos los folletos de turismo que había reunido hacían propaganda de los países rubios del norte. Creo que ya había sacado billetes para los dos a... a Copenhague O... Estocolmo. ¡Ahíto, harto de gente oscura, hambriento de gente de tez clara! Así hablaba de las personas, como si fuesen... platos de un menú. «Aquél es riquísimo, ese otro es apetitoso» o «no es apetitoso». Creo que eso era debido a que estaba medio muerto de hambre, después de vivir a fuerza de píldoras y ensaladas.

HERMANA:

—¡Basta, Catalina! ¡Basta! ¡Cállate!

CATALINA:

—Me quería y lo amé... (*Llora un poco de nuevo*). Con sólo que no se soltase de mi mano, lo hubiera salvado. Sebastián me dijo de pronto este último verano: «Volemos hacia el norte, pequeñaavecilla... Quiero pasear bajo la aurora boreal radiante y fría... ¡Nunca la he visto!». Alguien dijo o escribió una vez: «Somos todos niños en un vasto jardín de infantes, procurando formar el nombre de Dios con letras de un rompecabezas que está equivocado».

SRA. HOLLY (*Fuera*):

—¡Hermana! (*La HERMANA se levanta*).

CATALINA (*Levantándose*):

—Creo que a quien llama es a mí. Me llama «Hermana», Hermana.

CUADRO III

La HERMANA vuelve a su asiento, impasivamente, mientras la madre de la muchacha y su hermano menor aparecen, viniendo del jardín. La madre, Sra. HOLLY, es una fatua señora meridional que no necesita otra descripción. El hermano, JORGE, es típicamente buen mozo y el que posee la mejor figura en la familia; alto y elegante. Entran.

SRA. HOLLY:

—¡Mi querida Catalina! ¡Catalina...! (*Se levanta con cautela*). Bueno, bueno... ¿Verdad que está hermosa, Jorge?

JORGE:

—¡Uh, uh!

CATALINA:

—Te mandan al salón de belleza cada vez que vas a ver gente de tu familia. En los demás momentos estás horrible; ni siquiera puedes tener una cajita de polvo, un lápiz de rouge ni ningún objeto hecho de metal, por miedo a que te lo tragues.

SRA. HOLLY (*Suelta una risa campanilleante*):

—Yo la encuentro muy mona. ¿Y tú, Jorge?

JORGE:

—¿No hay forma de hablar con ella un minuto sin la monja?

SRA. HOLLY:

—Sí. Supongo que no habrá inconveniente. ¿Verdad, hermanita?

CATALINA:

—Discúlpenos, Hermana Felicity. Son mi madre, señora Holly y mi hermano Jorge.

HERMANA:

—Encantada.

JORGE:

—¡Hola!

CATALINA:

—Os presento a la HERMANA FELICITY.

SRA. HOLLY:

—¡Nos alegra tanto que Catalina esté en Santa María! ¡Y nos sentimos tan agradecidos por todo lo que hacen por ella!

HERMANA (*Con tristeza, mecánicamente*):

—Se hace todo lo posible, señora Holly.

SRA. HOLLY:

—No lo dudo un instante. Sí, pues bien... ¿Podríamos hablar un poco a solas con nuestra Catie?

HERMANA:

—No me está permitido perderla de vista.

SRA. HOLLY:

—Es sólo un minutito. Puede sentarse en el vestíbulo o en el jardín, y la llamaremos de nuevo apenas termine la parte privada de nuestra conversación.

La HERMANA FELICITY se retira, con una inclinación de cabeza, no muy decidida, y ronroneo de tela almidonada.

JORGE (A Catalina):

—¡Cristo! ¿Qué es lo que te has propuesto, hermanita? ¡Eh! ¿Arruinamos?

SRA. HOLLY:

—¡Jorge! ¿Quieres callarte? Estás inquietando a tu hermana.

El hombre se pone de pie de un salto y se aparta indignado, golpeándose una rodilla con su raqueta de tenis cubierta por funda con cierre relámpago.

CATALINA:

—¡Qué elegante está Jorge!

SRA. HOLLY:

—Jorge heredó el guardarropa del primo Sebastián, pero todo lo demás está en litigio. ¿Lo sabías? ¿Que todo lo demás está en litigio y Violeta puede hacer que el litigio siga todo el tiempo que quiera?

CATALINA:

—¿Dónde está la tía Violeta?

SRA. HOLLY:

—¡Jorge, vuelve aquí! (*JORGE obedece de mala gana*). Violeta está bajando.

JORGE:

—¡Ah, sí! La tía Violeta tiene ahora un ascensor.

SRA. HOLLY:

—Sí, tiene. Se lo ha hecho instalar donde estaba la escalera del fondo... y ¡oh, oh! es el ascensorito más precioso que es posible imaginar. Está recubierto de laca china, dorada y negra, con encantadores dibujos de pájaros. Pero sólo hay sitio para dos personas por vez. Jorge y yo viajamos a pie, Supongo que ahora estará tomando su daiquiri helado; sigue tomando su daiquiri helado todas las tardes de la vida... a las cinco en punto, cuando hace calor. Catalina, la muerte horrible de Sebastián ha estado a punto de aniquilarla. Ahora se ha repuesto algo..., pero es

cuestión de tiempo. ¡Querida! Una cosa... Yo confío que entiendas por qué no fuimos a visitarte al hospital Santa María. Decían que estabas muy alterada y una visita familiar te alteraría más aún. Pero quiero que sepas que nadie, absolutamente nadie en esta ciudad, conoce el más mínimo detalle de lo que te ha pasado. ¿Verdad, Jorge? Nada en absoluto. Ni siquiera se ha sabido que volviste de Europa. Cuando preguntan, cuando se interesan por averiguar, les decimos simplemente que te has quedado fuera del país para estudiar esto o aquello. (*Respira afanosamente*). Ahora, querida... deseo que, por favor, tengas mucho cuidado en lo que dices a tu tía Violeta sobre lo que le ocurrió a Sebastián en Cabeza de Lobo.

CATALINA:

—¿Qué quieres que diga sobre lo que...?

SRA. HOLLY:

Basta con que no repitas tu fantástico relato. Por mí y por Jorge, por tu hermano y por tu madre, no cuentes de nuevo esa historia horrible. ¡A Violeta, no! ¿Lo harás?

CATALINA:

—¿Cómo? ¿Pero es que esperáis que le cuente a ella lo que le pasó a su hijo?

SRA. HOLLY:

—Tesoro mío, para eso has venido. Violeta insistió en escucharlo de tus propios labios.

JORGE:

—Tú fuiste el único testigo, Catalina.

CATALINA:

—No. Hubo otros. Los que huyeron.

SRA. HOLLY:

—¡Oh, querida mía! Lo que pasa es que has tenido una especie de pesadilla. Pero ahora escúchame, ¿quieres, Catalina? Sebastián ha dejado... en su testamento, para ti y para Jorge...

JORGE (Con fervor):

—¡Para cada uno, cincuenta mil...! Deducido los impuestos, ¿entiendes?

CATALINA:

—¡Ah, sí! Pero si me aplican una inyección, no tendré más remedio que contar exactamente lo que pasó en Cabeza de Lobo este último verano. ¿Os dais cuenta? No tendré más remedio que decir la verdad. Esa inyección anula cuanto induzca a decir otra cosa y todo sale decente e indecente, sale sin que una pueda gobernarlo y es siempre... ¡¡siempre la verdad!

SRA. HOLLY:

—Querida Catalina, no conozco todo el asunto; pero sin duda no estarás tan mal de la cabeza como para no saber, en el fondo de tu corazón, que la historia que estuviste refiriendo es demasiado...

JORGE (Interrumpe):

—¡Catalina! ¡Catalina! ¡Tienes que olvidar esa versión! ¿No puedes? ¿Por tus cincuenta mil dólares?

SRA. HOLLY:

—Porque si la tía Violeta se opone al testamento, y sabemos que ella se opondría, el asunto rodará en los tribunales eternamente... Nosotros...

JORGE:

—Está en litigio ahora. Y nunca saldrá del litigio si tú no abandonas esa historia... Nosotros no podemos contratar abogados tan buenos como para ganar el pleito. Si no desistes de decir eso, nos quedaremos cazando moscas, como imbéciles.

Se vuelve bruscamente, con una mueca y una súbita sacudida de la mano, cual si derribase algo de un bofetón.

CATALINA la contempla un momento la alta espalda y ríe salvajemente.

SRA. HOLLY:

—¡Catalina, no rías de ese modo! Me das miedo, Catalina. (*Chillan aves selváticas en el jardín*).

JORGE (volviéndole la espalda a la hermana):

—Catalina, el dinero está todo en la herencia.

Se agacha encima del sofá, con las manos en las rodillas de franela de su pantalón y le habla directamente a CATALINA a la cara, como si ella fuese dura de oído. CATALINA levanta una mano y le toca una mejilla cariñosamente; él le toma la mano y se la retira de la cara, pero la retiene con fuerza en la suya.

JORGE:

—Si la tía Violeta decidiese oponerse al testamento de Sebastián que nos lega todo ese dinero... ¿Me entiendes bien?

CATALINA:

—Sí, querido hermanito. Te entiendo bien.

JORGE:

—¿Has visto, mamá? ¡Está loca como una cabra! (*Le da un rápido y frío beso*). No nos tocará ni una moneda partida por el medio... ¡Yo te aseguro que no! Por eso debes dejar de contar esa historia de lo que, según tú dices, le sucedió al primo Sebastián en Cabeza de Lobo, aun cuando sea cierto... cosa que no puede

ser. Tienes que desistir de ese cuento, hermana, no puedes ir con ese relato a gente civilizada de un país civilizado y moderno.

SRA. HOLLY:

—¡Catie! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué inventaste esa patraña?

CATALINA:

—¡Pero mamá...! Yo no la inventé. Sé que es una historia abominable, pero es un hecho real de nuestro tiempo y del mundo en que vivimos, y ocurrió verdaderamente en Cabeza de Lobo...

JORGE:

—¡Oh! Pero entonces quiere decir que vas a contar eso. ¡Mamá, va a contar eso! Precisamente a la tía Violeta, haciéndonos perder cien mil dólares. ¡Catie! ¡Eres una perra!

SRA. HOLLY:

—¡Jorge!

JORGE:

—Lo repito, una perra. No está loca, mamá, no está más loca que yo... Lo que pasa es que es... es perversa, dañina... ¡Siempre lo fue! ¡Perversa!

CATALINA se aparta y prorrumpe en serenos sollozos.

SRA. HOLLY:

—¡Jorge! ¡Jorge! Pídele perdón a tu hermana. Esa no es manera de tratarla. Vuelve ahora mismo y dile que estás muy afligido por haberle hablado así.

JORGE (Vuelve de nuevo hacia CATALINA):

—Perdóname, Catalina, pero tú sabes bien que nos hace mucha falta ese dinero. A mamá y a mí... Nosotros... ¡Catalina! ¡Yo tengo ambiciones! Además, soy joven. Quiero cosas; las necesito, Catalina. No dejes, pues, de pensar en mí... en nosotros.

SRTA. FOXHILL (Fuera):

—¡Señora Holly! ¡Señora Holly!

SRA. HOLLY:

—Están llamándome, Catalina. Jorge explica muy mal las cosas, pero tú sabes que lo que dice es la verdad. Es necesario que cobremos lo que Sebastián nos ha dejado en el testamento, querida mía. Tú no nos abandonarás, ¿verdad? ¿Lo juras? No nos abandonarás, ¿no es cierto?

JORGE (Gritando ferozmente):

—¡Ahí viene la tía Violeta! ¡Mamá! ¡Catalina! La tía Violeta está... La tía Violeta ya está aquí...

CUADRO IV

La Sra. VENABLE entra en la zona delantera del escenario. Música característica de su entrada.

SRA. HOLLY:

—¡Catalina! ¡Aquí está la tía Violeta!

SRA. VENABLE:

—Me ve y yo la veo. Con eso ya es bastante. Señorita Foxhill póngame la silla en este rincón. Levante un poco el respaldo. (*Movimiento*). Más. Más. ¡No tanto! Bájelo un poco Así está bien. Bueno, ahora... tomaré mi daiquiri helado... ¿Quiere café alguno de ustedes?

JORGE:

—A mí me gustaría un poco de chocolate malteado.

SRA. HOLLY:

—¡Jorge!

SRA. VENABLE:

—Esto no es un bar público.

SRA. HOLLY:

—¡Es que Jorge tiene que ser Jorge siempre!

SRA. VENABLE:

—Eso es lo que yo pensaba.

Sigue un silencio turbador. La Srta. FOXHILL avanza con el mismo sigilo que un ladrón. Habla en susurro monótono, presentando en dirección a la SRA. VENABLE una carpeta de cartón.

SRTA. FOXHILL:

—Esta es la carpeta marcada «Cabeza de Lobo». Contiene toda su correspondencia con la policía del lugar y con el cónsul norteamericano.

SRA. VENABLE:

—Ya pedí la transcripción inglesa. Está separada...

SRTA. FOXHILL:

—Separada, sí. ¡Está aquí!

SRA. VENABLE:

—¡Oh!

SRTA. FOXHILL:

—Aquí tiene también el informe de la investigación privada y aquí tiene el informe de...

SRA. VENABLE:

—Sí, sí, sí. ¿Dónde está el doctor?

SRTA. FOXHILL:

—En el teléfono de la biblioteca.

SRA. VENABLE:

—¿Por qué elige justo este momento para hacer una llamada?

SRTA. FOXHILL:

—Él no llamó. Lo llamaron de...

SRA. VENABLE:

—Señorita Foxhill, ¿por qué razón me habla como una ladrona? (*La SRTA. FOXHILL suelta una risita nerviosa, un poco a la desesperada*).

CATALINA:

—Tiene miedo. Tía Violeta, ¿puedo caminar? ¿Ir de un lado a otro hasta que empecemos?

SRA. HOLLY:

—Catalina, queridísima Catalina, ¿te ha dicho Jorge que recibió propuestas de todas las buenas fraternidades de la Universidad de Tulane y que lo aceptaron en la mejor porque Paul Júnior también entró?

SRA. VENABLE:

—Advierto que ha tenido el tacto natural y el gusto de venir aquí vestido de pies a cabeza con ropas que fueron de mi hijo.

JORGE:

—Usted me las regaló, tía Violeta.

SRA. VENABLE:

—Pero no creí, Jorge, que las pasearías delante de mí.

SRA. HOLLY (rápida):

—Cuéntale, Jorge... a la tía Violeta, todo lo agradecido que estás por...

JORGE:

—Encontré en la calle Britannia un sastrecito judío que arregla trajes y lo hace tan bien... que nadie adivinaría que no fueron hechos para mí.

SRA. HOLLY:

—¡Y tan acomodado el precio! Por suerte, ya que al parecer el maravilloso legado de Sebastián a Jorge y a Catalina estará en trámites judiciales un tiempo...

JORGE:

—¡Tía Violeta! En cuanto al testamento (*la Sra. Holly tose*), ¿no sería posible encontrar una manera de... de...?

SRA. HOLLY:

—Jorge quiere decir apresurar las cosas. De cumplir las formalidades jurídicas más pronto.

SRA. VENABLE:

—Entiendo lo que quiere decir. Foxhill, llame al doctor. (*Se ha levantado, ayudada por el bastón y camina con esfuerzo hacia la puerta*).

SRTA. FOXHILL (Sale llamando):

—¡Doctor!

SRA. HOLLY:

—Jorge, no menciones más el dinero.

JORGE:

—¿Y si nunca volvemos a verla?

CATALINA jadea y se levanta, sale por primer término del escenario, y la sigue rápidamente la HERMANA FELICITY.

HERMANA (Mecánicamente):

—¿Qué pasa, querida?

CATALINA:

—Me pareció estar soñando. Que esto no fuese real.

Vuelve a salir la Srta. FOXHILL, diciendo:

SRTA. FOXHILL (Sale llamando):

—Tuvo que atender una llamada urgente de Lion's View.

Pausa tensa y breve.

SRA. HOLLY:

—¡Violeta! ¿Has oído bien? ¿Dijo Lion's View?

La HERMANA FELICITY había empezado a conducir a CATALINA de nuevo al patio, pero ahora la detiene.

HERMANA (Mecánicamente):

—Espera, querida.

CATALINA:

—¿Para qué? Sé lo que me espera.

SRA. VENABLE (Al mismo tiempo):

—¿Por qué? ¿Están todos ustedes en condiciones de gastar mil dólares por mes, además de gastos de tratamiento, para mantener a la chica en Santa María?

SRA. HOLLY:

—¡Catie! ¡Querida Catalina! (*Catalina ha vuelto con la hermana*). Dile a la tía Violeta lo agradecida que estás por haberte permitido descansar y recuperarte en

un lugar tan hermoso y tan agradable como el Santa María.

CATALINA:

—Ningún manicomio es agradable y hermoso.

SRA. HOLLY:

—Pero la comida es buena. ¿No es buena la comida?

CATALINA:

—Autorízame por escrito a no comer frituras. Hasta que me negué a comerlas, podía pasear libremente por el patio.

HERMANA (Mecánicamente):

—Perdió el libre uso del patio porque no había manera de dejarla sin vigilancia estrecha, o porque aun con vigilancia, corría al cerco y les hacía señas a los autos que pasaban.

CATALINA:

—Sí, lo hacía. Lo hacía porque desde varias semanas antes traté de hacer llegar un mensaje fuera de aquel lugar «hermoso y agradable».

SRA. HOLLY:

—¿Qué mensaje, querida?

CATALINA:

—Sentí un miedo atroz, mamá.

SRA. HOLLY:

—Querida, no entiendo.

JORGE:

—¿De qué tenías miedo?

CATALINA:

—De lo que pudieran hacerme, luego de haber hecho ya de todo. Aquel hombre que está en la puerta es un especialista de Lion's View. Leemos diarios. Sé lo que ellos...

El doctor viene.

SRA. VENABLE:

—¡Oh, doctor! Creí que se había marchado, dejándonos tan solo ese maletín negro como recuerdo.

DOCTOR:

—No, no. ¿No recuerda nuestra conversación? Tuve que atender una llamada acerca de un paciente que...

SRA. VENABLE:

—Les presento al doctor Cukrowicz... Dice que su apellido significa Azúcar y

podemos llamarlo doctor Azúcar. (*Jorge ríe*). Es un especialista de Lion's View.

CATALINA (*Interrumpiendo*):

—¿Cuál es su especialidad?

SRA. VENABLE:

—Un procedimiento nuevo. Para casos en que los otros fallan.

Pausa. El clamor de selva sube de volumen y luego baja.

CATALINA:

—¿Se propone hacerme un agujero en la cabeza y revolverme un cuchillo dentro del cerebro? Todo lo demás ya me lo han hecho. (*La Sra. HOLLY solloza. JORGE se golpea la rodilla con la raqueta de tenis*). Para eso va a necesitar permiso de mi madre.

SRA. VENABLE:

—Soy yo quien paga para tenerte en un asilo particular.

CATALINA:

—Pero yo no estoy legalmente bajo su custodia.

SRA. VENABLE:

—Tu madre depende de mí. Dependen todos ustedes... financieramente.

CATALINA:

—Me parece que la situación me resulta muy clara... ahora.

SRA. VENABLE:

—Bien. En tal caso...

DOCTOR:

—Creo que un ambiente tranquilo nos dará los mejores resultados.

SRA. VENABLE:

—Ignoro qué entiende usted por ambiente tranquilo. Ella gritó... Yo, no.

DOCTOR:

—Señora Venable, tratemos de mantener las cosas en un nivel sereno... Parece que su sobrina está alterada.

SRA. VENABLE:

—Tiene todos los motivos del mundo para estarlo. Me robó el hijo, y luego...

CATALINA:

—Tía Violeta, usted es injusta.

SRA. VENABLE:

—¡Ah! ¿Sí?

CATALINA (*A los demás*):

—Es injusta. (*Luego, de nuevo a Sra. VENABLE*). Tía Violeta, usted sabe por qué

Sebastián me pidió que viajase con él.

SRA. VENABLE:

—Sí... ¡Yo sé por qué!

CATALINA:

—Usted no estaba en condiciones de viajar. Sufrió un... (*Se calla, de golpe*).

SRA. VENABLE:

—¡Sigue! ¿Qué es lo que sufrí? ¿Tienes miedo de decirlo delante del doctor? Ha querido decir que sufrí un ataque.

Al tiempo en que CATALINA y el DOCTOR se aproximan por un mismo lado, la Sra. VENABLE es alejada, en su silla de ruedas, por el otro. JORGE quita la cabeza del regazo de la madre. La luz va apagándose mientras entran. Enciéndese la luz que ilumina a otra zona.

SRA. VENABLE:

—¡Yo no sufrí ningún ataque...! Fue un simple aneurisma leve. ¿Sabe lo que es, doctor? Una pequeña convulsión vascular. No hemorragia, tan sólo una leve convulsión de un vaso sanguíneo. Lo sufrí cuando descubrí que esta mujer trataba de robarme a mi hijo. Entonces fue. Me produjo una pequeña... y pasajera... contracción muscular. En un lado de la cara. (*Cruza de nuevo la zona principal de actuación*). Éstos no son parientes carnales míos, sino de mi marido muerto. Siempre los odié. La hermana de mi finado esposo y sus dos inútiles hijos. Pero hice más que mi deber al mantenerlos a flote. Para halagar a mi hijo, cuyo punto flaco era el ser excesivamente blando de corazón, afronté el gasto y la humillación, sí, la humillación pública de permitir a esta muchacha una presentación en sociedad que fue un fiasco. No gustó a nadie cuando la presenté. ¡Oh! Gozó de una cierta especie de... notoriedad. Tenía una lengua muy afilada, que algunos confundieron con ingenio. Se reía en las narices de personas decentes, enfureciéndolos, y dando lugar a que esos actos repercutiesen adversamente sobre Sebastián y sobre mí. Pero él, Sebastián, se reía. Lo divertía esta muchacha. Yo, en cambio, me sentía asqueada, enferma. Al promediar la temporada, en las fiestas dejaron de invitarla... Sí, dejaron de invitarla a pesar de mi posición. ¿Por qué? Porque había perdido la cabeza por un joven casado, provocando una escena de escándalo en el baile de carnaval, en mitad del salón. Todos se apartaron de ella como del hierro candente. Pero... (*No puede pensar*) con todo, mi hijo Sebastián se afligió por ella y la llevó consigo el último verano, en lugar mío.

CATALINA (*Se pone de pie de un salto, gritando*):

—¡Yo no puedo cambiar la verdad! Yo no soy Dios. Ni siquiera estoy segura que Él pudiese. No creo que Dios mismo pueda cambiar la verdad. ¿Cómo podría

entonces cambiar la historia de lo que le pasó a su hijo en Cabeza de Lobo?

SRA. VENABLE (*simultáneamente*):

—¡Estaba enamorada de mi hijo!

CATALINA:

—Permítame volver a Santa María, Hermana Felicity. Déjeme volver a Santa.

SRA. VENABLE (*gritando*):

—¡No, no! No es allí adonde irás.

CATALINA:

—Está bien, iré a Lion's View, pero no me pida que...

SRA. VENABLE:

—Sabes muy bien que estabas...

CATALINA:

—¿Que estaba qué, tía Violeta?

SRA. VENABLE:

—No me llames tía; de quien eres sobrina es de mi difunto esposo, no mía.

SRA. HOLLY:

—¡Catalina! ¡Catalina! No hagas enojar a tu... ¡Doctor! ¡Oh, doctor!

Pero el doctor está observando con calma la escena, impasiblemente. Atruenan el aire del jardín sus habitantes de plumas y escamas.

CATALINA:

—No quise, yo no quise venir aquí. Sé cuál es su idea. Cree que yo maté a su hijo, presume que yo tuve la culpa de su muerte.

SRA. VENABLE:

—¡Exactamente! Cuando me contó que ibas a ocupar mi sitio el último verano, le dije que no volvería a verlo, y no lo vi más. ¡Sólo tú sabes por qué!

CATALINA:

—¡Oh, Dios mío! Yo...

Echa a correr hacia el jardín, pero la sigue inmediatamente la HERMANA.

HERMANA:

—¡Señorita Catalina! ¡Señorita Catalina!

DOCTOR:

—¡Señora Venable!

HERMANA:

—¡Catalina! ¡Catalina!

DOCTOR:

—¡Señora Venable!

SRA. VENABLE:

—¿Qué?

DOCTOR:

—Quisiera quedarme a solas, durante unos minutos, con la señorita Catalina.

SRA. HOLLY:

—¡Tú, Jorge! ¡Háblale!

JORGE se hinca implorante delante de la silla de la anciana, mirándola de cerca a la cara, con una mano en su rodilla.

JORGE:

—¡Tía Violeta! Catalina no debe ir a Lion's View. En este Barrio Jardín de Nueva Orleans, sabría todo el mundo que usted había encerrado a su sobrina en un manicomio del Estado. ¡Tía Violeta!

SRA. VENABLE:

—¡Foxhill!

JORGE:

—¿Qué quiere, tía Violeta?

SRA. VENABLE:

—Suéltame la silla. ¡Foxhill! Aléjeme de esta gente.

JORGE:

—Tía Violeta, escúcheme. Piense en las murmuraciones de...

SRA. VENABLE:

—¡No puedo levantarme! ¡Aléjeme! ¡Empújeme!

JORGE (Se levanta, pero retiene la silla):

—Yo la llevaré, señorita Foxhill.

SRA. VENABLE:

—Suelta la silla o...

SRTA. FOXHILL:

—Señor Holly, yo...

JORGE:

—Necesito hablar con ella. (Empuja la silla hacia primer plano de escenario).

SRA. VENABLE:

—¡Foxhill!

SRTA. FOXHILL:

—¡Señor Holly! La señora no quiere que usted la lleve.

JORGE:

—Sé muy bien lo que hago. Déjeme a solas con tía Violeta.

SRA. VENABLE:

—¡Suéltame o te pego!

JORGE:

—¡Oh, tía Violeta!

SRA. VENABLE:

—¡Foxhill!

SRA. HOLLY:

—¡Jorge!

JORGE:

—¡Tía Violeta!

La Sra. VENABLE le pega con el bastón. JORGE suelta la silla y FOXHILL se la lleva. El joven persigue la silla con una especie de tirotecito, durante unos pasos, pero se vuelve hacia la Sra. HOLLY, la cual solloza con un pañuelo en la cara. JORGE suspira, y se sienta al lado de la Sra. HOLLY, tomándola de las manos. La escena, se oscurece al tiempo en que se enciende la luz sobre CATALINA y la HERMANA, en el jardín. El DOCTOR se les acerca. Ella alarga los brazos hacia él, sollozando, y él se agacha, arrodillándose delante de su silla, y apoyando la cabeza en el regazo de ella. Ésta le acaricia la cabeza. Durante la escena, la HERMANA ha permanecido al lado de CATALINA, sujetándola de un brazo.

CATALINA:

—No hace falta que me sujete. No puedo escapar.

DOCTOR:

—¡Señorita Catalina!

CATALINA:

—¿Qué?

DOCTOR:

—Su tía es una señora muy enferma. ¿Sufrió un ataque en la primavera pasada?

CATALINA:

—Sí, sufrió; pero nunca lo reconocerá...

DOCTOR:

—Es necesario que usted entienda la razón.

CATALINA:

—¡Oh! Yo entiendo la razón. Aquí no quise venir.

DOCTOR:

—¿La odia, señorita Catalina?

CATALINA:

—No comprendo el odio. ¿Cómo es posible odiar a alguien y seguir siendo cuerda? Como ve, sigo considerándome cuerda.

DOCTOR:

—¿Usted cree que ella sufrió un ataque?

CATALINA:

—Un ataque ligero en abril. Le afectó sólo un lado de la cara, el izquierdo... Pero la desfiguraba, y después de eso, Sebastián no la necesitó más.

DOCTOR:

—¿No la necesitó? ¿Ha dicho necesitarla? No son estridentes, pero sí siniestros, los ruidos de la selva.

CATALINA:

—Sí, todos nos necesitamos mutuamente, y eso es lo que consideramos amor... Y el no necesitarse unos a otros es... el odio.

DOCTOR:

—¿Usted la odia, señorita Catalina?

CATALINA:

—¿No me lo ha preguntado ya? ¿Y no le contesté que no comprendía el odio? Un buque choca con un témpano de hielo en el mar... y se hunden todos...

DOCTOR:

—Siga, señorita Catalina.

CATALINA:

—Pero eso no es motivo para que cada uno de los que se ahogan odien a todos los otros que se están ahogando... ¿Verdad, doctor?

DOCTOR:

—Dígame... ¿Qué sentía usted por su primo Sebastián?

CATALINA:

—Yo le gustaba y por eso lo amé.

DOCTOR:

—¿En qué forma lo amó?

CATALINA:

—En la única que él aceptaba; con una especie de amor maternal. Intenté salvarlo, doctor.

DOCTOR:

—¿Contra qué? ¿Salvarlo de quién?

CATALINA:

—Contra el perfeccionamiento de una... una especie de... ¡imagen! que él se

había forjado de sí mismo, sacrificándose a una especie de terrible...

DOCTOR:

—¿Dios?

CATALINA:

—Sí, doctor. Un Dios cruel.

DOCTOR:

—¿Qué pensaba usted al respecto?

CATALINA:

—Mis pensamientos, doctor, son como esos que se tienen en un sueño...

DOCTOR:

—¿Su vida no le parecía real?

CATALINA:

Súbitamente... este último invierno, empecé a escribir mi diario en tercera persona.

La toma de un codo y la saca en dirección al primer plano del escenario. Al mismo tiempo, la señorita FOXHILL lleva afuera, con su silla, a la señora VENABLE, la Sra. HOLLY llora con un pañuelo en la cara y JORGE se levanta, se encoge de hombros y se vuelve de espaldas al público.

DOCTOR:

—¿Sucedió algo el invierno pasado?

CATALINA:

—En un baile de Carnaval, un cierto... joven me llevó con él, se emborracha de tal modo que no podía tenerse en pie. (*Nota breve de risa sin alegría*). Quise volverme a casa. Tenía el abrigo en el guardarropa y no pudieron encontrar la contraseña en los bolsillos del joven. Yo decía: «¡Oh, diablos! Déjenlo estar». Me dispuse a buscar un taxi. Alguien me tomó del brazo y dijo: «Yo la llevaré en mi coche». Se quitó el gabán al tiempo en que salíamos y me lo echó en los hombros, luego lo miré y... Creo que realmente no lo había visto nunca. Me llevó a casa en su coche, pero primero me condujo a otro lugar. Paramos cerca de Robles en Lucha, al final de la calle Esplanada. «¿Para qué paramos?» pregunté. No me contestó. Tan sólo encendió un fósforo para prender un cigarrillo, allí en el automóvil. Lo miré y entendí «para qué». Creo que salté del coche antes que él, y anduvimos por el pasto húmedo entre los enormes robles empapados de rocío, como si alguien nos llamara, pidiendo auxilio, allá...

Pausa. Los grifos de aves, monocordes y apagados, se funden en un único canto.

DOCTOR:

—¿Y después?

CATALINA:

—No lo vi más. Me llevó a casa y dijo una cosa espantosa. «Será mejor que nos olvidemos de esto», dijo. «Mi mujer espera familia y...». Yo entré en casa y me senté a cavilar; pero de pronto llamé un taxi y volví directamente al salón de fiestas del Hotel Roosevelt. El baile continuaba. Yo pensaba que había ido a buscar el abrigo, que no era mío, pero que era para eso que había regresado. Volvía para armar un escándalo en la pista del salón de fiestas, sí. No me detuve en el guardarropas para recoger el viejo abrigo de armiño de la tía Violeta, no. Entré corriendo al salón de baile y allí lo descubrí en el acto. Me acerqué a él y lo abofeteé tan violentamente como pude y le pegué con furia en la cara y en el pecho con mis puños hasta que... El primo Sebastián me sacó de allí... Luego, por la mañana siguiente, empecé a escribir mi diario en tercera persona singular, con cosas como: «Aun sigue viviendo esta mañana». Con lo cual quería decir que seguía viviendo yo. «¿Qué le espera ahora? ¡Sólo Dios lo sabe!». Ya no pude salir más. Sin embargo, una mañana vino a mi dormitorio mi primo Sebastián y me dijo: «¡Levántate!». Bueno, quien vive todavía, luego de haberse sentido morir... es obediente, doctor. Me levanté. Me llevó al centro para hacerme fotos de pasaporte. Dijo: «Mi madre no puede salir al extranjero conmigo este verano. Vienes tú en vez de ella». Si no me cree, lea mi diario de París. «Se despertó al amanecer esta mañana, tomó el café, se vistió y dio un corto paseo...».

DOCTOR:

—¿Quién?

CATALINA:

—¡Ella! ¡Yo!... «... desde el hotel Plaza Athenée a la Place de l'Etoile, como si la persiguiese una jauría de lobos siberianos...». (*Risa cansada e indefensa*). Continué sin hacer caso de las luces de tráfico... No podía esperar la luz verde en los semáforos. «¿Hacia dónde quería ir? ¿De nuevo a los Robles en Lucha?». ¡Todo frío y oscuro, salvo aquella boca cálida y rapaz en...

DOCTOR:

—Señorita Catalina, permítame aplicarle esto...

Los demás salen, dejando a solas a CATALINA y el DOCTOR.

CATALINA:

—¿Es necesario ponerme una inyección de nuevo... ahora? ¿Con qué van a pincharme esta vez? Bah, no me importa, doctor. Me han pinchado ya tantas veces, que si me conectase con una manguera de jardín, tendría un excelente rociador.

DOCTOR (*Preparando la aguja*):

—Haga el favor de quitarse la chaqueta. (*Ella lo hace. El doctor le aplica la inyección*).

CATALINA:

—No lo he sentido.

DOCTOR:

—Mejor así. Ahora, siéntese.

Se sienta CATALINA.

CATALINA:

—¿Empiezo a contar hacia atrás, desde cien?

DOCTOR:

—¿Le gusta?

CATALINA:

—¡Me encanta! ¡Me encanta enormemente! Cien... noventa y nueve... noventa y ocho... noventa y siete... noventa y seis... noventa y cinco... no... ¡Oh! ¡Ya empiezo a sentir el efecto! ¡Qué raro!

DOCTOR:

—Está bien. Cierre los ojos un momento. (*Acerca su silla a fila. Pasa un medio minuto*). ¡Señorita Catalina! Quiero que me ceda una cosa.

CATALINA:

—Dígala y es suya, doctor Azúcar.

DOCTOR:

—Que me entregue toda su resistencia.

CATALINA:

—¿Resistencia a qué?

DOCTOR:

—A la verdad... Verdad que usted va a contarme.

CATALINA:

—La verdad es lo único a que nunca opuse resistencia.

DOCTOR:

—Eso cree la gente muchas veces, pero no es así.

CATALINA:

—Suele decirse que está en el fondo de un pozo sin fondo... ¿sabe?

DOCTOR:

—Despreocúpese.

CATALINA:

—La verdad.

DOCTOR:

—No hable.

CATALINA:

—¿Por dónde andaba? ¿Noventa?

DOCTOR:

—No hace falta que cuente hacia atrás.

CATALINA:

—¿O noventa y algo?

DOCTOR:

—Puede abrir los ojos.

CATALINA:

—¡Oh, me siento extraña! (*Silencio; pausa*). ¿Sabe qué es, a mi juicio, lo que usted está haciendo? Creo que está procurando hipnotizarme. ¿No es así? Me mira fijamente y me hace algo con los ojos y sus... ojos... ¿Es eso lo que me hace?

DOCTOR:

—¿Eso cree usted que estoy haciéndole?

CATALINA:

—Sí. ¡Me siento tan rara! Y no es sólo por la droga.

DOCTOR:

—Entrégueme toda su resistencia. ¿Ve? Alargo una mano. Quiero que apoye una suya en la mía y me entregue toda su resistencia. Que de su mano la pase a mi mano.

CATALINA:

—Aquí tiene mi mano. Pero en ella no hay ninguna resistencia.

DOCTOR:

—Está totalmente pasiva.

CATALINA:

—Sí.

DOCTOR:

—Hará lo que yo le pida.

CATALINA:

—Sí. Procuraré.

DOCTOR:

—Dirá toda la verdad.

CATALINA:

—Sí, la diré.

DOCTOR:

—La verdad absoluta. Sin mentiras, sin nada que quede sin decir. Todo exactamente.

CATALINA:

—Todo exactamente. Porque tendré que decirlo. ¿Puedo... levantarme?

DOCTOR:

—Sí. Pero tenga cuidado. Es posible que se sienta un poco mareada. (*Lucha por incorporarse; cae atrás*).

CATALINA:

—No puedo. Dígame que me levante. Entonces sí podré.

DOCTOR:

—¡Levántese! (*Ella obedece vacilante*).

CATALINA:

—¡Qué extraño! Ahora puedo. ¡Oh, me siento realmente mareada! ¡Auxílieme! Voy a... (*El doctor corre a sostenerla*).

La sostiene. Ella mira afuera vagamente, en dirección al jardín brillante y humeante. Luego lo mira a él. De pronto se balancea hacia el médico, contra él.

DOCTOR:

—¿Y? ¡Ha perdido el equilibrio!

CATALINA:

—No, no era eso. Hice lo que deseaba hacer, sin que usted me lo mandase. (*Lo retiene con fuerza contra sí*). ¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Oh... déjeme... déjeme...

Ella junta violentamente su boca con la de él, apretando con fuerza salvaje. El médico trata de desasirse. Le aprieta los labios ferozmente, presionando el cuerpo contra el suyo. Entra Jorge.

CATALINA:

—Apriéteme, por piedad. ¡He estado tan sola! ¡Si es que estoy loca, debo sentirme más sola que la muerte...! Más sola que la muerte.

JORGE (Escandalizado, asqueado):

—¡Catalina! ¡Qué desfachatez la tuya!

Ella se echa atrás, jadeando, se tapa el rostro, corre unos pasos y se ase con fuerza del respaldo de un sillón. Entra la Sra. HOLLY.

SRA. HOLLY:

—¿Qué pasa, Jorge? ¿Se siente mal Catalina?

JORGE:

—No.

DOCTOR:

—A la señorita Catalina le ha sido aplicada una inyección que le hace perder el equilibrio.

SRA. HOLLY (volviendo):

—¿Qué ha dicho acerca de Catalina?

CATALINA ha salido a la selva enceguecedora del jardín.

HERMANA (volviendo):

—Se ha ido al jardín.

DOCTOR:

—Está bien. Volverá cuando yo la llame hermana.

HERMANA:

—Puede que esté bien para usted. Usted no se halla a cargo de ella. (*Ha vuelto a entrar la Sra. VENABLE*).

SRA. VENABLE:

—¡Llámela ahora!

DOCTOR:

—¡Señorita Catalina! ¡Vuelva! (*A la hermana*). Tráigala de vuelta. ¿Quiere hacer el favor, Hermana? (*CATALINA entra con calma, un poco insegura*). Bien, señorita Catalina, ahora va a contar toda la verdad.

CATALINA:

—¿Por dónde empiezo?

DOCTOR:

—Por donde crea usted que las cosas empezaron.

CATALINA:

—Yo creo que el comienzo fue cuando él nació en esta casa.

SRA. VENABLE:

—¡Ah! ¿Ha visto?

JORGE:

—¡Catalinita!

Esta es una exclamación que JORGE repetirá en diversos tonos durante el relato de CATALINA.

DOCTOR:

—Empecemos en época más reciente. (*Pausa*). ¿Le parece bien comenzar con el verano pasado?

CATALINA:

—¡Oh! ¡El verano pasado!

DOCTOR:

—Sí, este último verano.

Pausa larga. Los sonidos ásperos del jardín se desvanecen y se funden con un canto de ave claro y dulce. La Sra. HOLLY tose. La SRA. VENABLE se agita impaciente. JORGE cruza adelante para llamar la atención de CATALINA mientras enciende un cigarrillo.

CATALINA:

—¿Podría...?

SRA. VENABLE:

—Apártele ese muchacho.

JORGE:

—Quiere fumar, tía Violeta.

CATALINA:

—Ayuda tener algo... en las manos.

HERMANA:

—¡Uh! ¡Uh!

DOCTOR:

—Está bien, Hermana. (*Le enciende el cigarrillo a CATALINA*). En cuanto al verano último... ¿Cómo fue el comienzo?

CATALINA:

—Empezó con su bondad y los seis días de navegación que me condujeron tan lejos de... los Robles en Lucha... como para olvidarlos del todo o poco menos. Fue cariñoso conmigo, tan dulce y solícito que algunos nos creyeron una pareja de recién casados mientras no advirtieron que... teníamos camarotes separados... Y luego, en París, me llevó a Patou y a Schiaparelli... Esto es de Schiaparelli... (*Como una niña, enseña su traje*). Me compró tantos vestidos, que debí regalar los viejos para hacer lugar a los nuevos en mi nuevo equipaje de... viaje. Me convertí en un pavo real. Por supuesto, él lo era también...

JORGE:

—¡Ja, ja!

SRA. VENABLE:

—¡Chst!

CATALINA:

—Pero entonces cometí el error de responder demasiado a su amabilidad, de tomarle la mano antes que él tomase la mía, de asirme de su brazo y reclinarme en su hombro, de agradecer su bondad más de lo que él deseaba, y repentinamente, este último verano empezó a volverse inquieto... y... ¡ooh!

DOCTOR:

—Siga.

CATALINA:

— ...¡el cuaderno del pájaro azul!

DOCTOR:

—¿Ha dicho cuaderno?

SRA. VENABLE:

—Ya sé lo que quiere decir. Habla del cuaderno de composiciones, del colegio, que tiene como distintivo un pájaro azul en la tapa, un grajo, que Sebastián utilizaba para notas y correcciones de su poema de verano. Lo acompañaba a todas partes, en el bolsillo de su chaleco o hasta en el de su chaqueta. (*La Srta. FOXHILL entra afanosa, jadeando*). Lo recibí con sus efectos personales, enviado por barco desde Cabeza de Lobo.

DOCTOR:

—No entiendo del todo la relación que pudo haber entre ropa nueva y otras cosas parecidas, y el cuaderno con un grajo azul.

SRA. VENABLE:

—¡Lo tengo! Doctor, dígame que lo he encontrado.

La Srta. FOXHILL viene presurosa. Oye esto al salir de la casa; jadea aliviada y se retira.

DOCTOR:

—Con tanta interrupción, va a ser difícilísimo...

SRA. VENABLE:

—Esto es importante. No sé por qué no mencioné el cuaderno del pájaro azul, pero quiero que usted lo vea. Aquí está. (*Sostiene en alto el cuaderno y pasa rápidamente las hojas*). ¿Título? Poema de verano. Y la fecha del verano: 1935. ¿Luego qué? Páginas en blanco, en blanco... ¡Nada, absolutamente nada! El último verano...

DOCTOR:

—¿Qué tiene eso que ver con...?

SRA. VENABLE:

—¿Su muerte? Yo se lo diré. La vocación de un poeta se apoya sobre algo tan tenue y fino como una tela de araña, doctor. Eso tan sólo lo mantiene en pie contra... su propia ruina. Pocos, muy pocos, lo consiguen por sí solos. Se necesita una gran ayuda. Yo se la proporcionaré. Ella, no.

CATALINA:

—En eso tiene razón. Le fallé. No pude evitar que la tela de araña se... quebrase.

Vi que se quebraba, pero no pude salvarla... ni repararla.

SRA. VENABLE:

—¡Por fin la verdad está saliendo a relucir! Hubo entre nosotros un acuerdo tácito, una especie de pacto o convenio que se interrumpió el verano pasado al apartarse de mí y llevarla consigo... en mi lugar. Cuando se asustaba... y yo sabía en qué momentos y por qué, pues las manos le temblaban y los ojos miraban hacia dentro, no hacia fuera, yo extendía una mano y le tocaba las suyas sin decir palabra, mirando tan sólo y mantenía el contacto de mis manos con las suyas hasta que a él dejaban de temblarle y los ojos miraban afuera, no adentro, y de mañana continuaba el poema. ¡Lo continuaba hasta el fin! (*Los siguientes diez renglones se dicen muy rápidamente, en alta voz*).

CATALINA:

—¡Yo no pude!

SRA. VENABLE:

—¡Claro que no! Era mío. Yo sabía ayudarlo, yo podía... Tú no lo hiciste, tú no podías.

DOCTOR:

—¡Esas interrupciones...!

SRA. VENABLE:

—Yo decía «podrás» y podía. YO...

CATALINA:

—Sí, como ve, le fallé. Y por eso, este último verano, fuimos a Cabeza de Lobo, fuimos allí en avión desde el sitio en que dejó de escribir su último poema de verano...

SRA. VENABLE:

—Porque había destruido nuestro...

CATALINA:

—Sí, sí. Algo estaba destruido. Esa especie de ristra de perlas con que las madres ancianas retienen a sus hijos, como una especie de... una especie de... cordón umbilical... mucho después que...

SRA. VENABLE:

—Quiere decir que yo lo retenía para que no fuese a su...

DOCTOR:

—¡Por favor!

SRA. VENABLE:

— ...a su destrucción.

CATALINA:

—Lo único que sé es que de pronto, este último verano, dejó de ser joven y fuimos a Cabeza de Lobo, y allí, súbitamente, abandona las veladas por la playa.

DOCTOR:

—¿Las veladas? ¿Por la playa?

CATALINA:

—Quise decir que de las veladas pasó a las tardes y trocó las relaciones soci...

Silencio. La Sra. HOLLY aspira una larga y dolorosa bocanada de aire. JORGE se remueve impaciente.

DOCTOR:

—¿Sociales? ¿Es esa la palabra que usted...?

CATALINA:

—Sí. De pronto el último verano mi primo Sebastián empezó a salir de tarde para ir a la playa...

DOCTOR:

—¿Qué playa?

CATALINA:

—En Cabeza de Lobo hay una playa que lleva el nombre del santo de su nombre, la Playa de San Sebastián, y allí es donde empezamos a pasar las tardes, todos los días.

DOCTOR:

—¿Qué clase de playa era?

CATALINA:

—Una gran playa, de una ciudad cerca del puerto.

DOCTOR:

—¿Era una gran playa pública?

CATALINA:

—Sí, pública.

SRA. VENABLE:

—Pequeñas manifestaciones como ésa son las que la delatan.

El doctor se levanta y va hacia la señora VENABLE sin interrumpir su concentración sobre CATALINA.

SRA. VENABLE:

—Después de esto que le he dicho sobre lo quisquilloso que era, ¿puede usted admitir esa afirmación?

DOCTOR:

—No debe usted interrumpirla.

SRA. VENABLE (*Enfadada*):

—¿Que Sebastián iba diariamente a una sucia playa gratuita cerca de un puerto? ¿Un hombre que recorría más de una milla en bote antes de encontrar agua en qué nadar?

DOCTOR:

—Señora Venable, diga lo que diga esta muchacha, debe dejar que hable sin más interrupciones, o de lo contrario esta entrevista será inútil.

SRA. VENABLE:

—No volveré a hablar. Callaré, aunque me muera.

CATALINA:

—No quiero seguir.

DOCTOR:

—Continúe su relato. Todas las tardes, el último verano, su primo Sebastián y usted... ¿iban a esa playa popular y gratuita?

CATALINA:

—No. No era gratuita. La playa popular, de acceso libre, estaba al lado. Había un cerco entre una y otra. En la nuestra cobraban un poco.

DOCTOR:

—Sí. ¿Y qué hacían allí?

Todavía está al lado de la señora VENABLE y la luz está cambiando gradualmente y lo hace a medida que más avanza en su narración la joven. La luz se concentra en CATALINA, sumiéndose en la sombra las demás figuras.

DOCTOR:

—¿Ocurrió algo que le causase trastorno?

CATALINA:

—¡Sí!

DOCTOR:

—¿Qué?

CATALINA:

—Me compró un traje de baño que yo no quise ponerme. Me reí. Le decía: «No puedo usar eso. Es sencillamente escandaloso».

DOCTOR:

—¿Cómo se entiende? ¿No era decente el traje?

CATALINA:

—¡Oh, Dios mío! No. Estaba hecho de una sola pieza, en algodón blanco de Lille, que en el agua se vuelve transparente. (*Ríe con tristeza al recordar*). Yo no quería nadar con ese traje, pero él me tomaba de la mano y me metía en el mar, hasta

muy adentro... Y al salir de allí, parecía estar desnuda.

DOCTOR:

—¿Para qué hacía eso? ¿Comprendió usted la razón?

CATALINA:

—Sí. Para llamar... la atención.

DOCTOR:

—¿Quería que usted llamase la atención, pensando que se sintiese deprimida y sola? ¿Intentaba sacarla de su depresión del último verano?

CATALINA:

—¿No comprende, doctor? Yo era su proxeneta. (*El jadeo de la señora VENABLE es como el ruido que haría un gran pez atrapado en un anzuelo*). ¡Antes lo había sido ella... también! (*La Sra. VENABLE lanza un grito*). Inconscientemente, por supuesto. No sabía que estaba buscándole gente en los sitios elegantes a que fueron antes del último verano. Sebastián era tímido. Ella, no. Yo tampoco. Las dos cumplimos igual misión, estableciéndole contactos, pero ella lo hizo en lugares finos y formas decentes, y yo tuve que hacerlo en la forma que ya le he contado. Sebastián se sentía muy solo y triste, doctor, y el cuaderno vacío del pájaro azul crecía y crecía... Tan grande fue... tan grande y vacío como aquel cielo y aquel mar grandes y vacíos... Yo fui consciente de lo que hacía. Tuve mi bautismo de fuego en el Barrio Francés mucho antes de hacerlo en el Barrio Jardín...

SRA. HOLLY:

—¡Oh, Catalinita! ¡Querida!

DOCTOR:

—¡Chst!

CATALINA:

—Y no pasaba mucho tiempo, mientras aumentaba el calor del sol y la playa se llenaba de gente, sin que dejara de necesitarme más para aquel fin. Los de la playa gratuita trepaban la alambrada o la esquivaban nadando en torno, bandadas de jóvenes sin hogar que moraban en la playa gratuita como perros sin casa... famélicos... Entonces me permitía ponerme un traje decente y oscuro. Me alejaba a los extremos distantes de la playa, a escribir tarjetas y cartas y llevar mi... mi diario en tercera persona hasta que... que eran las cinco y debía reunirme con él al salir de las casillas de baños, en la calle. Salía, perseguido...

DOCTOR:

—¿Quién lo perseguía?

CATALINA:

—Los jóvenes famélicos y sin hogar que habían trepado la alambrada desde la

playa gratuita en que moraban. Les repartía dinero a todos, como si todos ellos le hubiesen... lustrado los zapatos o buscado taxis y fuesen propina lo que daba... Día a día la muchedumbre crecía y era más bulliciosa y más voraz... Sebastián empezó a sentir miedo. Por último, dejamos de acudir a la playa.

DOCTOR:

—¿Y entonces? ¿Después de aquello? Cuando dejaron de ir a la playa...

CATALINA:

—Entonces, algunos días después que dejamos de ir... uno de aquellos días blancos y enceguecedores de Cabeza de Lobo, no azul, sino blanco, de un blanco que encandilaba y enceguecía...

DOCTOR:

—Sí...

CATALINA:

—Nos detuvimos para merendar, a últimas horas de la tarde, en uno de aquellos restaurantes al aire libre que dan al mar... Sebastián estaba blanco como el cielo. Vestía un immaculado traje blanco de seda natural y una corbata blanca. Blancos eran el panamá y los zapatos... unos zapatos de lagarto... blanco. Él... (*Echa atrás la cabeza y ríe, con una risa que parece reflejar su asombro y recogimiento ante el recuerdo*) ...se llevaba a la cara y al cuello un blanco pañuelo de seda, y a la boca blancas píldoras. Yo adiviné que estaba pasando un mal momento a causa del corazón y sentía miedo. Por eso no habíamos ido a la playa.

Durante este monólogo, las luces han cambiado. La zona circundante se ha oscurecido y un «spot» blanco intenso está enfocado sobre CATALINA.

CATALINA:

—«Creo que debemos irnos más al norte» decía insistentemente; «creo que en Cabeza de Lobo no tenemos ya nada que hacer, no tenemos nada que hacer ya... ¿No te parece?». Yo también lo creía. Pero yo había aprendido a no demostrar que tenía opiniones, porque si lo demostraba, Sebastián... bueno... Bien, ustedes saben cómo era Sebastián. Prefería hacer lo que ningún otro quería hacer, y yo siempre procuré dar la impresión de acceder de mala gana a sus deseos... Fue como un juego...

HERMANA:

—Se le ha caído el cigarrillo.

DOCTOR:

—Lo tengo yo, Hermana.

Susurros: diversos movimientos en la penumbra. El DOCTOR le sirve cocktail a CATALINA, de una coctelera.

CATALINA:

—¿Por dónde andaba? ¡Ah, sí! Aquella merienda, a las cinco de la tarde, en un restaurante donde despachaban mariscos, junto al puerto de Cabeza de Lobo. Era entre la ciudad y el mar, y había muchachos desnudos en toda la playa, una bandada de muchachos espantosamente delgados y desnudos, que parecían aves desplumadas y se lanzaban con furia contra el alambre de púa como si un viento los arrojase allí, el viento caliente y blanco del mar... todos gritando... «¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!».

DOCTOR:

—¿Y qué más?

CATALINA:

—Hacían unos ruidos, como si tragasen con sus pequeñas bocas negras, y se metían los pequeños puños negros en las bocas, haciendo aquellos ruidos, como si tratasen, con muecas espantosas... Por supuesto, nos arrepentimos de haber ido a aquel sitio, pero ya era tarde... para irnos...

DOCTOR (Tranquilo):

—¿Por qué era tarde para irse?

CATALINA:

—Le he dicho ya que el primo Sebastián no se sentía bien. Se introducía aquellas pildoritas blancas en la boca. Me parece que había tragado tantas como para haberse debilitado mucho... ¡Los... ojos se le nublaban! Pero él dijo: «No mires a esos pequeños monstruos. Los mendigos son una plaga social en este país. Si los miras, el país te dará náuseas, perderá todo su encanto para ti...».

DOCTOR:

—Siga.

CATALINA:

—Estoy siguiendo. Tengo que hacer una pausa de cuando en cuando hasta que la visión se aclara. Bajo la influencia de la droga, debe haber una visión o no se ve nada.

DOCTOR:

—¿Está bien ahora?

CATALINA:

—Estando con él, yo hacía siempre lo que él quería. No miré la bandada de los chicos desnudos, ni siquiera cuando los mozos los ahuyentaron del alambre de púas con palos. Salieron corriendo por una puerta de portillo, como patrulla de asalto en una guerra y los golpearon, obligándolos a escapar gritando desde el alambre... con los palos... Luego... (*Pausa*).

DOCTOR:

—Continúe, señorita Catalina. ¿Qué sigue en su visión?

CATALINA:

—La... la... bandada de chicos se puso a... dedicarnos una serenata...

DOCTOR:

—¿Qué hicieron?

CATALINA:

—Tocaban en sus instrumentos... Música... si tal podía llamársela.

DOCTOR:

—¡Oh!

CATALINA:

—Los... los instrumentos eran... instrumentos de percusión. ¿Sabe lo que quiero decir?

DOCTOR (*Toma nota*):

—Sí. Instrumentos de percusión, como... ¿tambores?

CATALINA:

—Los miré de reojo cuando el primo Sebastián no se apercibía, y por mucho que no pude ver bien en el resplandor blanco del sol intenso de la playa, me parecieron latas atadas entre sí...

DOCTOR (*Escribe despacio*):

—Latas... atadas... entre sí.

CATALINA:

—Y... y... y... ¡trozos de metal, otros trozos de metal achatado, en forma de...!

DOCTOR:

—¿De qué?

CATALINA:

—De címbalos. ¿Entiende, doctor?

DOCTOR:

—Sí, platillos que se hacen chocar.

CATALINA:

—¡Exacto, doctor! Latas achatadas que ellos golpeaban. Címbalos...

DOCTOR:

—Entiendo, sí. ¿Qué sigue en la visión?

CATALINA (*Rápidamente, jadeando un poco*):

—Otros tenían bolsas de papel... bolsas de papel tosco... dentro de las cuales había algo como un parche con una cuerda que tiraban para un lado y otro, adelante y atrás, haciendo una especie de...

DOCTOR:

—¿Especie de...?

CATALINA:

—Ruido como...

DOCTOR:

—¿Cómo?...

CATALINA (*Se levanta, tiesa, de su silla*):

—¡Umpa, umpa, uuumm-paaa...!

DOCTOR:

—¿Cómo una tuba?

CATALINA:

—¡Exacto! El ruido de una tuba.

DOCTOR:

—¡Umpa, umpa, uuummmpa...! ¡Como una tuba! (*Toma nota*).

CATALINA:

—¡Umpa, umpa, uuummmpaaa...! como una... (*Pausa breve*).

DOCTOR:

—Tuba.

CATALINA:

—Mientras estuvimos en el restaurante, permanecieron a... a muy corta distancia.

DOCTOR:

—Prosiga con la visión, señorita Catalina.

CATALINA (*Camina a grandes pasos en torno a la mesa*):

—Sí, prosigo. ¡Ahora ya no hay nada que pueda detener esta visión...!

DOCTOR:

—¿Y entretenía a su primo Sebastián ese... concierto?

CATALINA:

—Creo que lo aterraba.

DOCTOR:

—¿Por qué lo aterraba?

CATALINA:

—Supongo que reconocía a algunos de los músicos, algunos de los chicos... muchachotes entre la época de la niñez y... y... También otros mayores...

DOCTOR:

—¿Qué hizo él? ¿Hizo algo, señorita Catalina? ¿Se quejó al gerente?

CATALINA:

—¿Qué gerente? ¿A Dios? ¡Oh, no! ¡El gerente de un restaurante de la playa donde servían mariscos! ¡Ja, ja, ja! No... usted no comprende a mi primo.

DOCTOR:

—¿Qué quiere decir con eso?

CATALINA:

—Mi primo aceptaba las cosas... todas, y tal cual son. Y pensaba que nadie tenía derecho a quejarse o entorpecer de ningún modo lo que sucedía... Aun conociendo como espantoso lo que era espantoso y sabiendo que estaba mal lo que estaba mal... y debo advertirle que mi primo Sebastián nunca estaba seguro de que algo estuviese mal... Consideraba indigno reaccionar de ningún modo por ninguna causa... Sólo admitía hacer las cosas como algo en su interior le inducía a hacerlas...

DOCTOR:

—¿Qué es lo que algo en su interior le indujo a hacer? Hablo de aquella ocasión, en Cabeza de Lobo.

CATALINA:

—Luego de la ensalada, antes de que nos trajesen el café, de pronto se apartó de la mesa y gritó: «Tienen que dejar de hacer eso... ¡Mozo, hágalos parar! Me siento mal, sufro del corazón y eso me enferma». Fue esa la primera vez que el primo Sebastián intentó corregir una situación humana. Y creo que ése tal vez fue su error fatal. Entonces los mozos, en número de ocho o diez, se abalanzaron sobre la portezuela y golpearon a los pequeños músicos con palos, cazuelas, y cuanto objeto contundente pudieron hallar en la cocina. El primo Sebastián se separó de la mesa. Salió del restaurante, luego de haber tirado en la mesa un puñado de billetes, y huyó. Lo seguí. Todo estaba blanco fuera. Al rojo blanco, un blanco enceguecedor, al blanco enceguecedor del rojo blanco, a las cinco de la tarde, en la ciudad de... Cabeza de Lobo. Parecía como si...

DOCTOR:

—¿Como si qué?

CATALINA:

—Como si un enorme hueso blanco estuviese ardiendo en el cielo, con un brillo tan intenso que se volvía blanco y emblanquecía el cielo y todo lo que estaba por debajo.

DOCTOR:

—Blanco...

CATALINA:

—Blanco, sí.

DOCTOR:

—¿Y usted siguió a Sebastián al salir del restaurante, hacia la calle blanca y ardiente?

CATALINA:

—Bajando y subiendo la colina.

DOCTOR:

—¿Bajando y subiendo la colina?

CATALINA:

—No, no. No subimos ni bajamos. Al principio...

Durante este recitado se perciben diversos efectos sonoros. Los ruidos de percusión descrito se utilizan quedamente.

CATALINA:

—Rara vez sugería algo, pero en esa ocasión, lo hice.

DOCTOR:

—¿Qué sugirió?

CATALINA:

—El primo Sebastián parecía paralizado cerca de la entrada del local, por lo cual yo dije: «Vamos». Recuerdo que era una calle muy ancha, empinada y blanca, y le dije: «Primo Sebastián, allá abajo está la ribera; es más fácil encontrar un taxi por allí... O... ¿Por qué no volvemos y hacemos que la gente del restaurante nos llame un taxi? Sí, hagamos eso. Hagámoslo. Será mejor». Y él respondió: «¡Loca! ¿Estás loca? ¿Volver a aquel local inmundo? ¡Nunca! Aquellos chicos canallas les decían a los mozos, gritando cosas sobre mí». «¡Oh!», exclamé yo. «Entonces bajemos a los muelles, allá al pie de la colina. No intentemos escalarla con este tiempo horrible». Y el primo Sebastián gritó: «¡Cállate, por favor, y deja que yo arregle esto! Quiero ser yo quien lo haga». Empezó a subir por la calle empinada, con una mano metida en la chaqueta, por el lado en que yo sabía que sentía un dolor agudo en el pecho a causa de las palpitaciones... Pero cada vez apretaba más el paso, presa de pánico y terror, y cuanto más se apresuraba, más cerca y estridente se percibía...

DOCTOR:

—¿Se percibía qué?

CATALINA:

—La música.

DOCTOR:

—La música otra vez.

CATALINA:

—El «umpa umpa» del tropel que lo seguía. Habían atravesado, no sé cómo, el

alambrado de púa y salido a la calle y seguían, seguían... escalando la calle blanca y refulgente. El tropel de muchachos desnudos que nos perseguía por la calle blanca y empinada bajo el sol, que parecía talmente un enorme hueso blanco de una bestia gigantesca que estuviese incendiándose en el cielo. Sebastián echó a correr y todos gritaron en el acto, pareciendo como si volasen por el aire, alcanzándolo rápidamente. Yo lancé un grito. Oí que Sebastián gritaba a su vez, que gritó una única vez antes de que aquella bandada famélica de aves negras desplumadas lo alcanzase en mitad de la ascensión a la colina.

DOCTOR:

—¿Y usted, señorita Catalina, qué hizo entonces?

CATALINA:

—Eché a correr.

DOCTOR:

—¿A correr adónde?

CATALINA:

—Hacia abajo. Bajé corriendo, en el sentido en que más fácil era correr. ¡Abajo, abajo, abajo, abajo! Por la calle blanca y refulgente de calor, gritando: «¡Auxilio!» sin cesar, hasta que...

DOCTOR:

—¿Qué?

CATALINA:

—Hasta que mozos, policías y otros... salieron corriendo de los edificios y empecé a subir la colina con ellos. Cuando llegamos de nuevo al sitio en que mi primo Sebastián se me había perdido de vista en medio de los negros gorriones desplumados, lo vi... Yacía en el suelo, desnudo, tal como ellos habían estado desnudos contra una pared blanca, y esto no querrá usted creerlo, porque nadie, lo ha creído, porque nadie podría creerlo, porque nadie, nadie en la tierra sería capaz de creerlo y no los culpo... ¡Habían devorado partes de su cuerpo! (*La Sra. VENABLE llora quedamente*). Le habían desgarrado y desprendido partes del cuerpo con sus manos, sus cuchillos, o quizá aquellas latas rotas, desgarrado y arrancado partes de un cuerpo, que se llevaron, famélicos, a sus feroces bocas negras, pequeñas y vacías. No se percibía ningún ruido más. No quedaba nada que ver, salvo Sebastián, lo que de él restaba, con el aire de un enorme ramo de rosas rosas envuelto en papel blanco, rosas arrancadas, arrojadas, estrujadas... contra la pared blanca y refulgente.

La Sra. VENABLE se pone de pie de un salto, abandonando su silla de ruedas con sorprendente poder, y camina vacilante, pero rápida, en dirección a la chica, e intenta pegarle con su bastón. El DOCTOR le arrebató el bastón de sus manos y la

toma en sus brazos al punto de caer al suelo. La mujer jadea broncamente varias veces y él la conduce a la salida.

SRA. VENABLE:

—¡Lion's View! ¡Manicomio del Estado, arráncale del cerebro esa horrible historia!

Fuera la Sra. HOLLY solloza y cruza hacia JORGE, quien se vuelve de ella, diciendo.

JORGE:

—Mamá, dejaré de estudiar, me buscaré un empleo, me...

SRA. HOLLY:

—¡Calla, hijo! ¡Doctor! ¿No puede usted decir algo?

Pausa. El DOCTOR viene a primer plano del escenario. CATALINA, caminando al azar, sale al jardín, seguida por la HERMANA.

DOCTOR (Luego de un momento reflexivo, hablándole al aire):

—Creo que, por lo menos, debemos tomar en cuenta la posibilidad de que... eso que dice la muchacha... pueda ser cierto.



TENNESSEE WILLIAMS. Thomas Lanier Williams III, más conocido por el seudónimo Tennessee Williams (Columbus, Mississippi, 26 de marzo de 1911 - Nueva York, Nueva York, 25 de febrero de 1983), fue un destacado dramaturgo estadounidense. El nombre «Tennessee» se lo dieron sus compañeros de escuela a causa de su acento sureño y al origen de su familia.

Williams vivió en el Barrio francés de Nueva Orleans, Luisiana. Se trasladó allí, en 1939, a escribir para la WPA, y vivió primero en el número 722 de la calle Toulouse, donde se sitúa su obra de 1977, *Vieux Carré* (hoy una fundación cultural). Escribió *Un tranvía llamado deseo* (1947) mientras vivía en el número 632 de la calle St. Peter.

De Nueva Orleans marchó a Nueva York, donde ejerció diversos trabajos, desde camarero a portero. Cuando los Estados Unidos entraron en guerra, fue declarado no apto debido a su expediente psiquiátrico, su homosexualidad, su alcoholismo y sus problemas cardíacos y nerviosos.

En 1943, fue a Hollywood, contratado por la Metro Goldwyn Mayer para hacer la adaptación cinematográfica de una novela de éxito. En 1948 ganó el *Premio Pulitzer* de teatro por *Un tranvía llamado Deseo*, y en 1955 por *La gata sobre el tejado de zinc*. Además de estas dos obras recibieron el *premio de la Crítica Teatral de Nueva York*: *El zoo de cristal* (1945) y *La noche de la iguana* (1961) . Su obra de 1952, *La rosa tatuada* (dedicada a su compañero, Frank Merlo), recibió el *Premio Tony* a la mejor obra. Los críticos del género sostienen que Williams escribía en estilo gótico

sureño. Es conocido mundialmente porque muchas de sus obras han sido filmadas.